

El mapa de Maslama



Antonio Javier Roldán Calzado

(c) 2010 Antonio Javier Roldán Calzado
<http://www.antoniojroldan.es/>
ajkayleigh@hotmail.com
ISBN: 978-1-4461-6366-5
Publicado por Lulu Press Inc.

“Haz dos talismanes en un ascendente fasto con la Luna en Tauro y también Venus, y escribe en la primera efigie 220 números pares o impares, y en la segunda otros 284 pares o impares. Luego colócalos abrazados, entiérralos cerca uno del otro, y habrá amor eterno, reforzándose el mutuo cariño. A este talismán se lo conoce como el de los números del querer.”

“Picatrix” Maslama al-Mayriti (Mediados siglo X-1007)



Índice

Capítulo 1: El mapa de Maslama.....	7
Capítulo 2: El mapa de Maslama.....	25
Capítulo 3: El amuleto del amor eterno.....	35
Capítulo 4: La fiesta.....	47
Capítulo 5: El conjuro a la luna.....	59
Capítulo 6: La esencia enamorada.....	75
Capítulo 7: El mago de Lavapiés.....	85
Capítulo 8: En el Corral de San Isidro.....	95
Capítulo 9: Te dije que no te olvidaría.....	105
Capítulo 10: La venganza de Martín.....	119
Capítulo 11: La noche de la ilusión.....	125
Epílogo.....	131



Capítulo 1 Hatshepsut

Madrid, 8 de diciembre de 2009

¡Hola Rai!

Ya sé lo que vas a decirme, que hace tiempo que no te escribo y que soy una malqueda. Llevas razón, ¿cómo voy a negártelo? A pesar de quedar sólo como amigos, reconozco que me sentó muy mal aquello que me contaste hace un mes de la tal Ángela, la chica con la que estabas saliendo, Una cosa es asumirlo y otra muy distinta imaginarte con ella bajo las estrellas, ya sabes... Por eso odio con todas mis fuerzas es dichoso número, 580, los kilómetros que nos separan. Estoy tan parana que he consultado en internet un mapa de carreteras, y ahora sé que tu casa y la mía realmente distan 578,3 kilómetros. Así que no te odio ni a ti ni a tu amiguita, sino a las circunstancias. Por eso te pido perdón por haberme comportado como una niña celosa y posesiva. Ya está, lo he dicho.

Por Madrid las cosas van de mal en peor. Te conté que mi madre está reformando un local para poner un restaurante egipcio, ¿no? Está todo muy adelantado y sabemos hasta el nombre, Hatshepsut. La sorpresa es que antes de irnos de

Albaidalle ella le ofreció a Tarek venirse unos meses a Madrid, para supervisar el negocio y darle un toque más “auténtico”. Finalmente ha aceptado y se quedará hasta el verano. ¿No es estupendo? Quizás él te lo haya contado antes de venirse.

La verdad es que mi madre está tan ocupada con las obras y papeleos, que apenas se está dando cuenta de lo mal que me va todo. Cuarto de secundaria es un curso muy hueso. Temo que me van a quedar varios suspensos, porque no me concentro en el estudio y ando tan atrasada en algunas materias que ya me estoy viendo chapando en mi habitación estas vacaciones de Navidad. Por si fuera poco, lo de Nico y Sonia no va bien. Sonia es muy alegre y cariñosa con todo el mundo, lo cual endemoniaba a Nico, que se ponía como yo en octubre con tu “Angelita”. Total que ni se hablan, y a mí me ha tocado estar en medio, con lo cual voy de pelotera en pelotera. A todo esto la tutora le ha pedido cita a mi madre para ponerme verde, así que intuyo que mañana, cuando hablen, se va a liar una buena. ¿Sabes lo peor? Es muy posible que nos vayamos de viaje de fin de curso a Roma, pero como las notas no sean lo que espera mi madre temo quedarme en tierra. Bien pensado no estaría mal, con tal de no aguantar a los Amantes de Teruel, tonta ella y tonto él.

¡Vaya rollo que te estoy contando! También podría hablarte de lo rara que me siento... No quiero ponerte los dientes largos para competir con tu chica, pero el invierno me está poniendo más “curvy” –como dice la teacher–, por lo que

*muchos moscones revolotean a mi alrededor cual tarro de miel.
Que lo sepas, chaval. Tú te lo pierdes por vivir en Albaidalle.*

*Te dejo ya, que tengo que hacer unos ejercicios de mates
y ando más perdida con la dichosa álgebra que un pitufo en la
NBA.*

Tu compañera de espeleología...

Tu mirona...

Tu amor de verano...

Zahra



El hall del colegio era un constante ir y venir de padres con niños que vociferaban con saña sus andanzas acontecidas a lo largo del día. Uno de ellos era David, que llegaba con la cariacontecida Zahra al encuentro con su madre y el juicio sumarísimo de doña Isabel. Ambas, madre e hija, asumían que de aquella entrevista surgirían nuevos motivos para sus cada vez más frecuentes desencuentros. Cuando la tutora apareció por la puerta de la sala de visitas Marta le pidió a Zahra que se quedara con David, para que fuera haciendo sus deberes, mientras ella lidiaba con el toro –vaca en este caso– que amenazaba con cornear la armonía familiar. –¡Buenas tardes, Marta! Pasa por aquí.

–¡Buenas tardes, Isabel!

La tutora, vestida con una bata blanca, con el cuaderno de clase abierto y parapetada tras su mesa, daba la impresión de ser una temible doctora tomando aire para soltarle al paciente que

era el afortunado poseedor de alguna enfermedad incurable. En parte la adolescencia es como un sarampión que hay que pasarlo con resignación.

–Bueno, bueno –dijo Isabel mientras revisaba la ficha de Zahra–. Las cosas no van bien, Marta. Tu hija tiene un total de catorce faltas por no hacer los deberes, amén de otras siete por charlar en clase. Los exámenes parciales de inglés, matemáticas y francés están suspensos y el resto de notas andan raspadas, salvo las de historia, que parece ser lo único que motiva ahora mismo a tu hija.

–Mira Isabel, no quiero justificarme, pero estoy iniciando un negocio nuevo y llego a casa muy tarde. También mi hijo está más distraído, pero no tanto como Zahra. Lo que pasa es que está pasando una fase muy mala, supongo que por motivos de su edad...

–Sí, es verdad que está con un pavo de manual, pero justo por eso tenemos que marcarle los límites. Es por su bien. ¿Sabes a qué me refiero?

–Pues... No mucho. Siempre ha habido normas en mi casa y siempre se han respetado.

–Su forma de vestir, por ejemplo. Este verano ha vuelto muy cambiada, llevando ropa de colores, pendientes largos... También está lo del maquillaje.

–Es que hizo un viaje a Inglaterra que la impresionó mucho, pero no creo que sea ropa inadecuada. ¿No? Lo que me extraña es lo de pintarse. Ella no se maquilla para ir al colegio.

–Todas hemos tenido su edad, Marta. ¿Para qué están los servicios? El problema es que en este colegio somos muy estrictos con ese tema y no me gustaría tener que mandarla a casa a cambiarse.

–Hablaré con ella de todo esto. Ya te digo que en parte es culpa mía por estar a mil cosas. Tampoco hemos tenido muchos momentos de encuentro este verano. Supongo que te ha contado lo del incidente en el pueblo de su padre –la tutora asintió–. Quizás se ha juntado todo, ¿quién sabe?

–Todavía estamos en diciembre y podemos remediarlo. Otra cosa es el tema de las notas. Si no espabila en estas dos semanas puede llevarse materias pendientes.

–Entiendo. Procuraré estar encima...

–Luego está lo de Sonia, su amiga del alma desde el año pasado.

–¿Qué pasa con ella?

–El otro día insultó a un profesor y tuvimos que expulsarla. No te puedo dar más detalles, pero sí te aviso de que está muy contestona y temo que entre una y otra se estén reforzando conductas.

–Si Zahra hiciera algo así sería el colmo. Ella lo sabe. De todos modos estaré alerta.

–Muy bien. Te llamaré si no mejora –la profesora cerró el cuaderno de anotaciones–. Es un momento complicado, como tú decías, por aquello de la adolescencia, pero ella ya es casi una

mujer. Ahora cuestiona a todos los adultos y especialmente a la madre, que en tu caso tiene un doble papel en casa.

–Lo sé. Ya te digo que charlaré largo y tendido con ella – se levantó–. ¡Muchas gracias, Isabel! No dudes en avisarme si vuelven las incidencias.

Cuando regresó con sus hijos, el semblante de Marta anunciaba tormenta, por lo que los dos hermanos fueron detrás de ella hasta casa sin pronunciar palabra. David miraba a Zahra con pena, como si esta fuera a ser sacrificada en el Templo del Sol, como Tintín. La joven llevaba varios días mentalizada para recibir la bronca, por lo que se sentía segura y fuerte. En otra época estaría nerviosa por saber lo que había dicho su profesora sobre ella, pero no en aquellos días, como si se estuviera recubriendo de una concha formada por capas concéntricas, esculpidas con cada uno de los reveses de aquel otoño.

Ya en casa, Marta mandó a David a estudiar y se acomodó con su hija en el salón. Era consciente de que Zahra se cerraría como una ostra y que era más que probable que acabaran las dos enfrentadas una vez más.

–¿Y bien? ¿No tienes nada que contarme?

–¿Qué te ha dicho de mí? –Zahra se sentó con los brazos cruzados.

–Tus notas están bajando. ¿No pensabas decírmelo?

–Pues no voy tan mal. ¡Qué alarmista es esa mujer! Todavía faltan los globales. ¿No confías en mí?

–Me gustaría, de verdad. De hecho creo te voy a dejar libre para que me lo demuestres –Marta se escuchaba a así misma sin estar segura de lo adecuado de sus palabras–. Ahora, si vienen suspensos en la primera evaluación te meto en una academia.

–Pues no pienso ir a una academia...

–Eso no lo decides tú, hija.

–¿Algo más? Porque querrás que vaya a chapar...

–Pues sí, mira. Procura ser más prudente con la ropa, que ya conoces las normas del colegio. Y nada de maquillaje, por supuesto. Eso te lo reservas para el fin de semana.

–¿Te ha dicho eso? No me lo puedo creer... Si tengo compañeras góticas que van peor que yo. Son ganas de jod...

–¡Zahra!

–Lo siento, pero es que esa tía me pone de los nervios.

–Esa tía es tu tutora y te dice las cosas por tu bien –se hizo un silencio tan sólo interrumpido por las campanadas del reloj de pared.

–¿Me puedo ir ya?

–No olvides lo que hemos dicho. Sin suspensos.

–¡Qué no! –Se levantó–. Ya lo verás.

Según se alejaba se detuvo sobre sus pasos y se acercó a su madre por detrás. Si saber el porqué, dejando que su instinto

venciera a sus hormonas, le dio un cariñoso beso a su madre en el carrillo.

–Gracias, mamá. No te voy a defraudar, soy más responsable de lo que piensas.

–Lo sé –respondió Marta enternecida por el gesto.

Mientras Zahra tomaba posesión de su castillo, Marta observó la carpeta repleta de documentos del restaurante, como recordatorio de su loca aventura. Sumida en su abatimiento, añoraba la Zahra niña, pero también su propia juventud, aquella época en la que ella sufría los mismos síntomas que su hija, cuando el mundo de los adultos se convertía en un poderoso embrujo capaz de atraptarte y decepcionarte a partes iguales. Por si fuera poco, los momentos de su propia adolescencia quedaban demasiado lejos, señal inequívoca del paso del tiempo y de su transición definitiva a la madurez. Resultaba irónico percibir que tanto Zahra como ella notaban el cambio en sus cuerpos, comportándose ambas como dos perfectas adolescentes. No envidiaba a Zahra, pero tampoco deseaba que viera como su físico también estaba evolucionando con los años. Tan sólo David parecía estar a salvo de las metamorfosis, pero por poco tiempo.



El autobús rodeó el cementerio, situado en el Cerro de las Ánimas, y enfiló la cuesta arriba de la Vía Carpetana. A pesar de la oscuridad, Tarek creyó que aquel debía ser el lugar que le

habían indicado, por lo que se acercó al conductor para asegurarse.

El vehículo se detuvo en una parada solitaria, dejándolo frente a un parque moderno, de esos en los que los árboles deben ingeniárselas para introducir sus raíces entre las moles de hormigón, ensambladas en pequeños oasis verdes, regados con agua reciclada. Suspiró evocando su añorada sierra de Albaidalle. Madrid era una ciudad agradable, pero el egipcio no acababa de adaptarse.

Las farolas apenas marcaban las veredas por las que los dueños de los perros caminaban correa en mano, comentando el frío que comenzaba a caer. En una zona más oscura, pegada al gran muro, que competía en altivez con la valla del cementerio, se adivinaban unas siluetas en movimiento, danzando al ritmo de una música que, a oídos de Tarek, no distaba mucho del sonido agónico de su coche pisando gatos. Iluminados por linternas, aquellos jóvenes se movían con soltura mientras pintaban la base del pilar de una pasarela.

Uno de los chicos vio acercarse al viejo guarda de La Mugara surgiendo de las tinieblas del atardecer y avisó a sus compañeros de la llegada de un extraño. Aunque no tenía aspecto de ser un munipa, la música cesó y todos se agruparon en torno a uno de ellos, un joven con un pañuelo anudado a la cabeza.

–Buenas tardes –dijo Tarek aparentando una tranquilidad que no sentía ante aquellos desconocidos–. Disculpen la interrupción. Estoy buscando a alguien.

–¿A quién? –preguntó un chaval extremadamente delgado dando un paso al frente–. El club de ancianos está en la plaza de los Cármenes –todos rieron ante la ocurrencia.

–¡Eh tíos! –exclamó el del pañuelo–. ¿A quién viene a recoger su abuelito?

–¿Está Amir aquí? –dijo Tarek ignorando la broma.

–¿Quién pregunta por él?

–*Mi nombre es Tarek Moawad. Deseo hablar con Amir de un negocio. Me dijeron que estaría por aquí* –dijo en árabe para sorpresa de todos.

Todos se volvieron hacia un chico alto, con barba recortada y gafas negras, con la cabeza cubierta por una gorra de baloncesto. Amir se quitó las gafas, mostrando unos ojos grandes e inteligentes.

–Yo soy. No le conozco, amigo.

–¿Podemos hablar en privado un momento? –El del pañuelo observó el gesto tranquilizador de Amir y conectó el aparato de música para proseguir con el baile.

–Gracias –los dos se alejaron hacia uno de los pocos bancos que estaban totalmente iluminados–. Soy egipcio y estoy en Madrid para ayudar a una señora a montar un restaurante. Me han dicho que eres bueno en la cocina, Amir.

–¿Quién se lo ha dicho?

–Osama, un amigo de tu familia.

–¡Vaya! ¿Y qué más le ha contado?

–Todo lo que debía –Tarek miró fijamente a Amir.

–Entiendo...

–Se trata de un restaurante con comida típica de mi país. Yo te enseñaría a preparar la carta y con el tiempo, y algo de imaginación, podrías ampliarla.

–No tengo mucha experiencia...

–Estudiaste en una escuela de hostelería e hiciste las prácticas en una conocida cadena de catering y luego te contrataron en un local jordano, pero lo estropeaste, ¿no es así?

–Me pagaban una mierda y... Bueno, parece que usted lo sabe todo. No creo que le den buenas referencias de mí allí.

–Te equivocas. Osama dice que puedo confiar en ti.

Amir miró a los ojos de Tarek. Parecía un hombre seguro de sí mismo, y por lo tanto instintivo. Aún recordaba cuando Jonathan, un amigo que estaba metido en un lío de trapicheo de drogas le hizo sisar de la caja cien euros, perdiendo así el trabajo y gran parte de sus posibilidades de prosperar como ayudante de cocina. La oferta del egipcio parecía la mejor noticia recibida en los últimos meses. Además, llevaba desde entonces sin curro estable, salvo alguna que otra escapada a obras en el extrarradio de la ciudad, en las que su falta de cualificación le hacían encargarse del traslado de los escombros por una miseria.

–Le agradezco la oportunidad. Osama es un buen amigo –
tendió la mano a Tarek, escenificando con ese gesto un vínculo

más seguro que un contrato firmado y sellado—. No lo decepcionaré.

—Ni a ti tampoco, ¿verdad? Eres muy joven todavía como para rendirte. Aún falta la entrevista con la dueña del negocio, pero ella ha delegado en mí y sé que le caerás bien —el fellah fijó la vista en la ropa de Amir—. Cuando uno va a trabajar lleva la ropa adecuada.

—Descuide, amigo.



El pequeño piso de Tarek, en la calle Alfonso VI, estaba a dos portales del “Hatshepsut”. Marta pensó que la cercanía con el restaurante le facilitaría la vida a Tarek, permitiéndole una mayor disponibilidad para supervisar las obras, a pesar de la dejadez mostrada en Albaidalle. Por eso tuvo la idea de delegar en él la búsqueda del contratista, preguntando a algunos de sus compatriotas residentes en Madrid y logrando que existiera un vínculo de honor entre ellos.

Así, aconsejada por él, contrató a Amir, sabiendo lo del antecedente del robo, porque Tarek aseguró responder por el chico. Sin embargo Marta consideró que debía superar el habitual período de prueba y, de paso, echar una mano con la preparación de la futura cocina. Mientras la reforma continuaba, Amir ensayaba el menú en el piso de Alfonso VI, a la vez que Zahra y David estudiaban en el salón añorando las distracciones de casa, como el ordenador y la televisión, y Marta y Tarek

pasaban la tarde entre el restaurante y la improvisada academia de cocina egipcia y matemáticas.

El pequeño local, situado en el cerro árabe colindante con el Madrid de los Austrias, contaba con una planta baja y un sótano laberíntico donde estarían situados los aseos, el almacén y la cocina, conectada con el comedor mediante un angosto montacargas. Un tubo de humos ascendía por un minúsculo patio vecinal hasta la cubierta superior. La obra debía hacerse con sumo cuidado debido a la protección histórica del edificio, lo cual llevaba a Marta y a Osama, el contratista, por la calle de la amargura.

Mientras Amir practicaba con unas berenjenas con carne y Zahra cruzaba pacientemente dos monomios para lograr un binomio de grado tres –aún resonaban en su clase las risas de Sonia cuando el profesor dijo que iban a “formar un trinomio” –, en el Hatshepsut se venía abajo la base de un tabique del sótano, dejando a la vista una especie de bodega oscura y polvorienta. Los obreros subieron corriendo a dar la mala noticia del accidente, prometiendo por lo más sagrado que sólo estaban picando la pared para sanearla. Marta, Tarek y Osama bajaron presurosos desde el que sería el flamante despacho del restaurante, para contemplar el desaguisado. Afortunadamente aquella hendidura en el suelo no era más que la esquina de un antiguo aljibe árabe, que fue destruido hacía siglos para construir los cimientos del inmueble vecino, pero lo bastante profunda como para inquietar al nervioso contratista, que no paraba de sudar murmurando: “Esto no bueno. Retrasos, más retrasos.”

Pagar más jornadas. No bueno”. Así que, para evitar nuevos estropicios, optaron por pulir el boquete para que se deslizara uno de los obreros y así reforzar el suelo desde abajo, logrando de paso averiguar si todavía le aguardaban nuevas sorpresas que amenazaran la reforma.

Al día siguiente los escombros rebosaban el contenedor, por lo que Osama encargó uno nuevo, lo cual suponía otro imprevisto en el presupuesto inicial. “Contenedor caro. Eso tampoco bueno”. Mientras llegaba el camión, Tarek se esforzó por rellenar cualquier hueco con los sacos que todavía aguardaban su recogida en el sótano. Fue entonces cuando observó algo extraño. Entre los desgastados ladrillos relucía uno que destacaba por su color más oscuro y por conservar su forma primitiva. Se agachó y lo examinó atentamente. Se trataba de una masa de metal oxidada que ocultaba algunos relieves bajo la suciedad. No pesaba lo suficiente como para estar maciza, pero tampoco estaba vacía. Aquella caja escondía algo en su interior.

–¡Marta! –La madre de Zahra asomó por la puerta del despacho–. ¿Se ha fijado en esto? –Ella tomó el objeto y lo miro con desgana.

–¿Es un cajetín de la instalación eléctrica? Ya sabe que no entiendo de estas cosas, Tarek.

–No es eso. Fíjese bien. ¿No ve unos caracteres árabes escritos? –Acaricio el frontal de la caja.

–Sí, es verdad. Quizás estuviera oculto en la pared del aljibe.

–Es probable...

–Si fuera así, tendría mucha antigüedad –Marta se quedó pensativa–. No quiero ni pensar que en la Junta de Distrito me pusieran nuevas trabas para los obras... –Tarek comprendió al instante.

–Esto no es un yacimiento arqueológico, si me lo permite. El aljibe sí que lo hubiera sido antes de destrozarlo cuando se edificó esta manzana. Ya sabe que tengo experiencia en limpiar metal antiguo con el señor Saunders. Déjeme que le eche un vistazo e intente ver su contenido –en ese momento sonó el móvil de Marta.

–Lo dejo en sus manos. Luego hablamos –y regresó al embrión de lo que sería el despacho.

Aquella noche Tarek Moawad frotó cuidadosamente la cajita con agua y jabón neutro. La zona más visible de la caja dejaba ver un resquicio que indicaba que se trataba de plata, así que preparó una papilla caliente con bicarbonato, en un pequeño cazo que tenía para cocer los huevos, y fue descubriendo poco a poco la inscripción con la ayuda de un cepillo de dientes. Aunque algunas letras se habían perdido bajo la presión de la pared, donde la caja había permanecido oculta durante muchísimos años, algunos fragmentos del texto eran perfectamente legibles sobre la tapa: *“En el nombre de Dios, cuya luz muestra lo que hay tras los velos. Que de la nada hace surgir la existencia de las criaturas y las cosas. Que es la fuente*

del día y la noche, y de cuyo poder surge el destino de los hombres”.

Rodeando la caja se intuían unas líneas del Corán sobre el milagro de la fragmentación de la luna que Tarek recordaba haber aprendido en su niñez: *“La hora se acerca y la luna se ha partido en dos. Si ven un signo se desentienden y dicen: es magia persistente”.*

Tomando el paño enjabonado, envolvió la caja y trató de abrirla con todas sus fuerzas. La tapa fue cediendo lentamente hasta mostrar su contenido, un fino bolsillo de piel ajada con nuevos caracteres arábigos grabados a fuego, en los que se podía leer el nombre del propietario de aquel diminuto tesoro: Abu al-Qasim Maslama.

Dentro del bolsillo se ocultaba, cuidadosamente doblado sobre sí mismo, un esbozo de un mapa de la península ibérica emborronado e inacabado. En el reverso del mismo, una rosa recorría la línea de plegado del pergamino, separando simétricamente dos números árabes a cada lado, ٢٢٠ y ٢٨٤. El número de la izquierda era el 220 y el otro el 284. Sobre cada uno de los números se inclinaban hacia la rosa sendas mitades de la luna para fundirse en una.

Quizás fuera el sueño o el cansancio, pero Tarek creyó ver como ante sus ojos una luna dorada nacía triunfante del interior de la flor.

Capítulo 2

El mapa de Maslana

La batalla había comenzado ante la rendición de los profesores que vigilaban el patio nevado del colegio, resignados a la algarabía festiva que impregnaba el recreo, mientras los proyectiles helados surcaban el cielo plumizo embarazado de invierno. Los exámenes del primer trimestre habían finalizado y aquello era un regalo navideño anticipado para todos los adolescentes que parecían inmunes al frío y a la humedad que los iba calando sin importarles. Zahra y Sonia emprendieron un duelo a muerte a bolazo limpio que acabó con las dos amigas con el pelo empapado y partiéndose de risa rebozadas en el suelo cual granizados.

–¡Pareces el Yeti! –dijo Sonia mientras se quitaba la nieve hasta de las pestañas.

–Porque no te has visto, mona, que tú estás peor que yo...
–al incorporarse Zahra pudo ver a Nico sentado en un banco devorando su manzana muy concentrado–. Este sigue igual, tía. Tenéis que hablar. ¿No?

–Yo no inicié la guerra –se levantó sacudiéndose los restos del bombardeo–. Fue él quien empezó a ponerse parana con los celos.

–Ya sabes como es –se quedó mirándolo en silencio–. ¿Te importa que vaya con él? –En el fondo Sonia sabía que la única persona que los podía reconciliar era Zahra, por lo que se encogió de hombros y fue en busca de más balas de nieve para atacar a la división de la clase de 4º C.

Los días mágicos de Glastonbury habían quedado atrás y el recuerdo de las promesas del Tor parecían haberse ido con el verano. Nico había descubierto que la distancia entre la felicidad y la tristeza era inmensa a pesar de poder rozar con la punta de los dedos la mano de Sonia en clase.

–¡Hola muermazo! –Zahra se sentó con él– ¿Qué haces?

–Desayuno...

–¡Gracias tío! No me había dado cuenta... Si molesto me voy, pero eres el último bastión del patio que sigue seco. ¿Es una promesa o algo así?

–Zahra...

–Vale. ¿Quieres que me vaya?

–No, quédate, por favor.

–Voy a explicarte la situación para que la entiendas. Somos los mayores del recreo, tenemos un manto de nieve para nosotros solos y los profesores están emboscados tras el quiosco de las chuches, con más miedo que vergüenza. Sin embargo tú

estás aquí ajeno a todo, como si te importara un huevo todo lo que pasa a tu alrededor.

–Puede...

–Puede. Ya... Nos conocemos desde hace años y pareces un viejo de quince años. No puedes seguir así, de verdad. Olvida ya el tema de Sonia y deja que las cosas fluyan solas.

–No es tan simple, Zahra –se miraron a los ojos–. Es como si al volver de vacaciones se hubieran acabado las buenas noticias y todo me saliera mal.

–¡Vaya novedad! Bienvenido a la adolescencia.

–Lo digo en serio.

–Yo también, ¿piensas qué eres el único que se siente así? No tienes ni idea de lo harta que he acabado este trimestre. Todos tenemos problemas, ¿sabes?

–Lo sé, perdona –desde la lejanía Sonia los observaba mientras daba forma a su monumental bala de cañón–. Hace tiempo que no hablamos –Zahra se quedó pensativa.

–¿Quieres salir conmigo?

–¿Cómo? Sólo me faltaba...

–No, tonto. Me refiero a quedar un día sin prisas, para hablar de nuestras cosas, como hacíamos antes. ¿Recuerdas?

–Sería genial, de verdad.

–Además, tengo que contarte algo increíble que ha pasado en el restaurante –dijo con tono misterioso mientras iba recogiendo la nieve entre sus zapatos.

–¿El qué?

–Si te lo digo hoy no tiene gracia.

–Bueno, pero...

–Con una condición.

–¿Cuál?

–Devuélveme esta –y le lanzó un bolazo en plena cara mientras emprendía la huida. Nico soltó la manzana y comenzó a perseguirla por el patio. Sonia observó la escena sonriendo ante la habilidad que tenía Zahra para confortarle el corazón.



Los restos de la nevada del lunes impregnaban los rincones umbrosos del parque de El Retiro, formando finos regueros que discurrían entre el barro acumulado durante el día anterior. Algunos deportistas, de espíritu inquebrantable, proseguían con su ejercicio corriendo alrededor del estanque, esquivando a los turistas empeñados en obtener una instantánea del monumento a Alfonso XII más blanco de lo habitual. Nico y Zahra paseaban cogidos del brazo, rodeando lentamente el recinto. Cuando llegaron a una de las terrazas el muchacho quiso invitarla a un chocolate caliente.

–...Me has contado lo de tu madre, lo de Rai, lo del chico ese árabe que practica en la cocina mientras escucha música rap, pero todavía no me has dicho ni una palabra sobre la sorpresa.

–Espera –Zahra sacó una hoja de papel impresa con una fotografía-. El mapa de Maslama.

–¿El qué?

–Hace unos días apareció en la obra del restaurante una cajita de plata oculta entre los restos de un aljibe árabe de cuando Madrid todavía se llamaba Mayrit. ¡La prehistoria, vamos! Te estoy hablando del siglo X más o menos.

–¡Guau!

–Espera que hay más. En la cajita había una oración a Alá y unos breves versos del Corán. También Tarek encontró una bolsita de cuero con el nombre de un tal Maslama. Al principio no le dimos mucha importancia, pero mi hermano David empezó a buscar su nombre por internet y...

–¿Qué?

–Se trata de un famoso astrónomo y sabio madrileño de origen árabe. El nombre es muy complejo... Algo así como Abu al-Qasim Maslama. Aunque nació en Madrid, se marchó muy joven a Córdoba, donde tenía acceso a la enseñanza del Corán, pero también a muchos tratados de astronomía y matemáticas. En poco tiempo demostró su valía, por lo que se convirtió en el astrónomo del califato. Fíjate que muchos lo nombran como el padre de las matemáticas andaluzas.

»Allí, en Córdoba, estaba el planisferio de Ptolomeo, que al parecer fue una obra muy célebre en la antigüedad. Pues bien, se dice que él fue la persona que lo tradujo a la lengua árabe, aunque sólo se conservan traducciones posteriores en otras lenguas. Si te fijas en la fotografía, él sentía mucha curiosidad por los mapas. El que hemos encontrado es un boceto dibujado a mano que debió copiar del original de Ptolomeo.

»Dejando a un lado las mates, ahora que no me escucha el Chanquete... Bueno, me ha aprobado con un cuatro y pico, no es tan cabrón como parece. Pues eso, números aparte, Maslama era muy aficionado a la alquimia y a la magia. De hecho escribió una obra llamada Picatrix con plegarias y recetas para confeccionar amuletos mágicos en torno a los astros. Si te fijas este de la rosa está destinado a la luna. ¿Te imaginas que esto fuera una especie de encantamiento o algo así?

–¿Y esos números? –preguntó Nico extrañado.

–Pues no lo sabemos. Supongo que algún tipo de cálculo astronómico o similar.

–¿En el siglo X? No sé, porque no irás a decirme que tu Leonardo da Vinci cordobés...

–Madrileño.

–Da igual. Por muy listo que fuera no iba saber tanto de jovencito. Tampoco había GPS.

–Ya... –El camarero trajo los chocolates.

–¿Por qué no le preguntas al Chanquete?

–¿Estás loco? Es capaz de examinarme y bajarme la nota a última hora. No gracias.

–Los del grupo C tienen su correo, porque es su tutor. ¿Quieres que lo intente?

–¿Lo harías?

–Sí, pero... –Nico bajó la mirada–. ¿Me ayudarás con Sonia?

–Nico, ya sabes que ella hace como los caracoles, y si la incordias mucho se mete en la concha y no sale hasta que cree que todo está en calma.

–Al menos prométeme que lo intentarás.

–Según lo vea. ¿De acuerdo?

–No me lo has prometido –dijo decepcionado.

Zahra deseaba hacerle entender a su mejor amigo que aquel era su último año en el patio del colegio, y que hay promesas que sobreviven en ese mundo idílico de finales de fútbol de treinta minutos, besos con sabor a fresa o gominolas sobre el libro de sociales; pero que cuando crecemos, y el tiempo nos devora sin piedad, las palabras dejan de ser eternas para alejarse medidas por vientos inesperados. Quizás Nico hacía de su semblante maduro y su comportamiento responsable unas muletas para caminar por una sociedad que amenazaba con devorarlo, pero que a la vez lo seducía con sus promesas de libertad vigilada. Todos guardaban sus miedos en un cofre oculto en el cuarto de los juegos, donde los adolescentes regresan

cuando añoran la felicidad de la infancia. Zahra tenía derecho a acompañar a Tintín en sus aventuras durante los días de tormenta, al igual que Nico confiaba que las promesas le otorgaran la seguridad perdida, o Sonia emprendía el vuelo cada vez que notaba que el peso del tedio se acomodaba sobre sus alas.

–Te lo prometo, plasta –y le dio un cariñoso beso en la mejilla.



Ante las miradas expectantes de Tarek y Amir, la cocina del Hatshepsut iba poblándose de cajas de cartón y embalajes de los que saldría el mobiliario y el menaje necesario para que todo el esfuerzo y las horas transcurridas en el piso se amortizaran en forma de una carta de platos egipcios única en la ciudad.

La tarde iba cayendo cuando uno de los montadores de los muebles salió a la calle a fumarse un pitillo y descansar un rato. Al fin y al cabo la jerarquía estaba para respetarla y él era el encargado de supervisar el trabajo del grupo. Se recostó sobre el nevado contenedor de obras, aspirando con deleite el humo de un purito, mientras observaba con ojos de entendido el acabado de la puerta de entrada. Un hombre se acercó cauteloso hacia el restaurante sin dejar de mirar hacia el interior.

–Comida egipcia. Demasiado especiada para mi gusto – comentó el desconocido-. Úlcera –dijo a modo de aclaración.

–Y usted que lo diga, jefe. Donde esté un buen cocido español que se quiten estas cosas de fuera.

–Vivo por aquí cerca y nunca lo había visto por la obra.

–Nosotros estamos de paso, para colocar la cocina...

–Claro, claro...

–Material de calidad. Luego habrá que ver qué meten en las cacerolas.

–Oiga, y esto de las cocinas, ¿está bien pagado?

–¡Qué va! Te dejas los riñones por cuatro duros. Si yo le contara...

–No hace falta, me lo imagino –se giró hacia el camión al vislumbrar a Tarek tras el ventanal encaminándose hacia el despacho de Marta. El movimiento no pasó desapercibido al encargado de los muebles.

–¿Problemas con el vecino, jefe?

Martín miró de arriba abajo a su interlocutor, deseando no equivocarse como hizo con Rai en Albaidalle. Había llegado el momento de su venganza para ajustarle las cuentas a aquella familia causante de su desgracia ante Menéndez, el coleccionista de antigüedades.

–¿Sabe lo que es esto? –Le mostró un ratón inalámbrico.

–Pues –entornó la vista como si estuviera analizando una junta de la encimera–. Parece un cacharrito de esos para los ordenadores. En casa...

–Usted se lo regala a Marta Giménez como si fuera un detalle de su empresa, ya sabe.

–No lo sigo, caballero.

–¿Qué tal trescientos euros?

–Creo que voy entendiendo.

–No hay nada de malo en un regalo. ¿Verdad? –Metió la mano en el bolsillo y sacó un plano de Madrid, donde había colocado seis billetes de cincuenta euros.

–Por supuesto que no –tomó el periférico y el dinero sin dejar de escrutar a Martín.

–Ha sido un placer conversar con usted, amigo –según se alejaba, retrocedió sobre sus pasos–. Por cierto, no me gustaría saber que este aparatito fuese a parar a las manos equivocadas o acabase en una papelera. Me sienta muy mal que me tomen el pelo –el encargado observó socarrón la calva de Martín con la naturalidad del que está obligado a ver un barco cruzando la Gran Vía–. Parece usted un tipo inteligente.

–Descuide.

Y se perdió entre las sombras con la misma rapidez con la que había aparecido.



La habitación de Nico estaba sumida en la oscuridad, por lo que la pantalla del ordenador actuaba como un foco sobre los ojos tristes del muchacho. Acababa de recibir una presentación digital de su tía, en la que le felicitaba las navidades con una colección de ositos vestidos de Papá Noel que provocó en él su rechazo ante tan magna cursilada. “*Que en estos días de amor, tan*

entrañables y familiares, se cumplan todas tus ilusiones...". Hay que joderse, pensó mientras mandaba el correo a la papelera con un golpe violento de ratón. Ni siquiera se había molestado en disimular el plagio al mensaje anual del Rey.

Apagó el monitor, dejando el ordenador bajándose una película, y se tumbó en la cama para perpetrar su enésima poesía de amor no correspondido. Aquello empezaba a oler y no era precisamente a tigre: “tu ausencia rasga mi corazón como un cuchillo de indiferencia”. Si algún día lo multaban por exceso de dramatismo le pasaría la factura a Sonia. Arrancó la hoja del cuaderno y mandó el simulacro lírico a la papelera, ensayando un lanzamiento triple con parábola. Falló. Era de esperar.

Ti-Tón. Mensaje en el Messenger. Se incorporó hacia la mesa y conectó de nuevo el monitor. Sorpresa. El Chanquete había respondido a las pocas horas. Había juzgado mal a aquel tipo.

Estimado Nicolás:

Ante todo ¡feliz Navidad! Espero que usted y los suyos... –giró la rueda del ratón para saltarse las cortesías–... dos números muy interesantes. Resulta que los divisores de 220, autoexcluyéndose él mismo, (1, 2, 4, 5, 10, 11, 20, 22, 44, 55 y 110) suman 284. Pero lo más curioso es que los del 284 (1, 2, 4, 71 y 142) suman... ¿Lo adivina? Pues sí, 220. Cuando dos números se comportan así se los conoce como “números amigos”. Siempre han sido asociados a la magia y a los poderes

ocultos relacionados con el amor y los conjuros para atraer a otra persona, pero eso es todo superchería, por supuesto.

Le mando un enlace con una lista de números amigos. Se conocen muchísimos, pero los que usted me manda fueron descubiertos hace cientos de años.

Espero haberle sido de utilidad.

Un cordial saludo de su profesor.

P.D. Me permito recordarle la importancia de trabajar el tema de álgebra estas vacaciones.



Saber que los números tenían derecho a estar enamorados, provocó que Nico sintiera que hasta las matemáticas se regodeaban de su melancolía. Sin embargo, aquella revelación de su profesor le hizo interesarte súbitamente por el mapa de Zahra y sus secretos ocultos.

Para recuperar a Sonia estaba dispuesto a pedir ayuda al mismísimo Maslama.

Capítulo 3

El amuleto del amor eterno

El despacho de Marta olía todavía a pintura fresca, por lo que la música estridente, que penetraba por la puerta abierta, era la menor de las molestias. La madre de Zahra conectó el ordenador mientras realizaba una rápida comparativa entre su ratón y el inalámbrico que le habían entregado con la cocina. Todo lo que fuera quitarse de en medio cualquier cable era bienvenido en aquel laberinto de conducciones, que poco a poco iban quedando ocultas tras el revestimiento que daría al local un aspecto antiguo.

—¡Zahra, cariño! ¿Podéis bajar la música?

En la cocina del restaurante, Zahra y Amir se entregaban a la aburrida tarea de limpiar en profundidad, acompañados por una melodía repetitiva de percusión electrónica. Mientras que ella atacaba la mugre de las baldas de la cámara, Amir dejaba como los chorros del oro dos enormes cacerolas, a la vez que añadía una letra de su propia cosecha al sonido que surgía de los altavoces conectados al mp3.

—¿Qué es eso que cantas Amir?

–Nada en particular. Procuero seguir la música e ir improvisando.

–Suena a rap...

–Tengo algunos temas compuestos, pero también me gusta ir creando sobre la marcha.

–Debe ser muy difícil hacer eso –el muchacho se secó las manos y cerró la puerta para no molestar a Marta. Luego subió el volumen.

–¡Vamos! Dame una idea y lo intento.

–¿Estás seguro? –dijo Zahra sonriendo ante la chulería del cocinero.

–Venga chica, ¿te juegas algo?

–Un almuerzo en el burger, listillo.

–¿Qué te rapeo entonces?

–Pues –miró a su alrededor con ojos traviosos–. ¡Ya lo tengo! Vas a crear el famoso rap del puchero.

–Déjame un segundo... –seleccionó una pista del reproductor. Luego se caló la gorra, que descansaba en la percha, y tomo una alcachofa a modo de micrófono–. ¿Preparada? Pues allá voy.

»¿Sabes? Un día me puse a escribir, y medité sobre el eslabón que me había tocado vivir. Yo soñaba con... Digamos con ir a Madrid, tener riqueza y ser el más importante visir, así crecí y monté mi propio imperio, poco a poco, con tiempo, y he

sentido sofoco, pero disfruto mientras lo cuento. Buscaba fama en un principio, si lo niego miento –mientras se movía al ritmo de la música sus manos se pasaban “el micrófono”.

»Digamos que mi vida ha tenido momentos picantes, como el pimiento; añádelo al puchero y espera un momento. Observas que para que quede bueno lo has cortado en taquitos, como si estuviera en mi alma, a trocitos, generando mi íntimo mito.

»Ahora observa el arroz. Le das sabor con cada una de las especias, pero sin ellas no es nada, como una cateta en la ciencia; comprémoslo con inteligencia, a nuestra manipulable conciencia –Amir invadía el espacio de su interlocutora para dar énfasis a sus palabras, pero sin llegar a tocarla.

»Sé improvisar sobre diversos temas, me guío por mi corazón y genero mis lemas cada vez que me siento solo... Escribo sin problemas, apago el fuego que se quema, se te ve a leguas la cara de empanada que se te queda cuando escuchas mis poemas. Tengo sobre mi vida diversos teoremas.

»Observo esos guisantes y, la verdad, es que tengo millones de ellos que valen más que un diamante. Ahí queda mi estilo, flamante e invulnerable, en su punto, apagando el fuego –abrazó unas llamas invisibles para ahogarlas con sus palabras robando el oxígeno y tomando una bocanada de aire a modo de conclusión–. He mostrado lo que tenía en mente, batiendo tu ego y me ha salido perfecto.

»*Esta es mi receta y la guardo en secreto* –abrió ceremoniosamente los brazos, esperando el aplauso del público, que en este caso se resumía en una divertida Zahra.

–¡Es genial, Amir! Te debo una hamburguesa, te la has ganado.

–Contaba con ello –retomó el trabajo.

–¿Cómo puedes tener esa imaginación? Y, sobre todo, esa agilidad mental. Yo no me veo capaz, de verdad...

–Mucha práctica, chica. Además, estoy ensayando para una batalla de gallos el día cinco de enero. Estás invitada.

–¿Qué es eso de los gallos?

–Es una pelea en la que dos freestylers, improvisadores como yo, compiten para derrotar al rival. Hay que usar rimas, seguir la música que te ponen manteniendo el flow, es decir, que tus palabras armonicen con la melodía sin atascarte y evitando las muletillas. Siempre tienes frases preparadas para que te sirvan de base, pero debes estar muy concentrado.

–Suena interesante. Ojalá pueda ir, pero ya sabes que aquí en España hay muchos preparativos ese día. De todas formas, me lo recuerdas, ¿vale?



Cuando Nico pasó el control de seguridad del Museo de la Ciudad, comprobó que era de los pocos madrileños que iban a dedicar la mañana a aprender la historia de su villa en vez de consumir de forma sincopada por las calles del centro. Tomó el

ascensor a la tercera planta y dirigió sus pasos, cuaderno en mano, hacia una sala en la que se recreaba la capital de España en tiempo del dominio árabe. Alrededor de una maqueta de una casa de la época, los paneles mostraban lo que fue la situación de la Almudena, la Medina y los Arrabales, así como los sucesivos recintos árabes de Madrid en los siglos IX y X. Cerca de allí, un mosaico, como el que se usaba en el centro de la ciudad para indicar los topónimos de la calles, recreaba a tres habitantes de la época, ataviados con los ropajes de entonces, examinando una de las numerosas cuevas que existían bajo el barrio árabe. Como era de esperar, el restaurante Hatshepsut se encontraba inmerso en lo que fue la Morería tras la calle Segovia. La historia del aljibe tenía sentido por la situación del local. Sin embargo no encontró datos sobre Maslama, el motivo principal para visitar aquel lugar.

Tras consultar unos mapas antiguos, se dirigió a uno de los vigilantes del museo y le preguntó por el astrónomo Abu al-Qasim Maslama, poniendo una pose de lo más intelectual, como si en vez de ser un estudiante de secundaria fuera un profesor universitario en busca de datos para una investigación. El vigilante lo observó detenidamente y lo invitó a seguirlo hasta la biblioteca.

–Matilde, por favor –dijo el vigilante a la bibliotecaria, que miraba al joven con curiosidad–. Aquí el caballero –Nico percibió cierta guasa– se interesaba por Maslama de Madrid. No sé si tendrás algo para mostrarle.

–Gracias. Ya me encargo yo. Buenos días, ¿en qué puedo ayudarte?

–Necesito información para un... Un trabajo de educación para la ciudadanía sobre Madrid y he pensado hacerlo sobre Maslama.

–Maslama –recorrió con la mirada la estancia–. Bueno, realmente era madrileño, pero todos sus trabajos los hizo en Córdoba. Quizás por eso no has visto nada en el museo. Si buscas en internet encontrarás muchas referencias.

–Ya...

–En algunos de estos libros –se giró hacia las librerías– existen citas sobre Maslama y su época. ¿Sólo quieres su biografía o necesitas algo más?

–Si tuviera algo sobre el barrio árabe de Madrid, sería realmente genial. Sin embargo... –Matilde inclinó la cabeza mostrando interés para animar al joven a aprovechar los recursos del museo–. Si tuviera el libro titulado “Picatrix” sería estupendo.

–¿Pica qué?

–Picatrix. Acabado en x. Es uno de los libros que escribí Maslama.

–Me resulta vagamente familiar. Aguarda –acercó la silla al ordenador. Minutos después sonrió satisfecha–. Tienes suerte, porque hay una edición en eBook que circula por la red. Te anoto en esta hoja el enlace –tomó un pòsit–. Si fuera para una tesis te

diría que la traducción nunca es fiable, pero para secundaria... – observó detenidamente a Nico—. De todas formas no sé si el contenido de este libro se ajusta al programa de tu asignatura –el muchacho sonrió mientras se ruborizaba levemente—. También te voy a imprimir una página del periódico ABC del 18 de mayo de 1962 que habla sobre Maslama citando ese libro.

–Es usted muy amable, gracias.

–No hay de qué, chico. Espero haberte sido de utilidad – le entregó la hoja del periódico con la dirección para bajarse el libro pegada en una esquina.

Cuando Nico llegó a casa se fue corriendo al ordenador para acceder a la copia del Picatrix. Al principio sintió un leve desencanto porque deseaba toparse con una edición antigua, algo así como un libro decorado con simbología del universo de Tolkien, pero aquel archivo no era más que una copia realizada con un procesador de textos de una traducción de un tal Marcelino Villegas en 1978. En la sencilla portada se leía esta frase: *“Seudo Maslama el madrileño. El hijo es la esencia de su progenitor. Ben-Arabi”*. Bajo el nombre del autor se adivinaba lo que parecía un grabado de una mano tocando una ventana de doble hoja y otra cita: *“El fin del sabio y el mejor de los dos medios para avanzar”*.

El Picatrix constaba de cuatro tratados. El primero, de siete capítulos –tantos como planetas conocidos entonces–, explicaba la fabricación de talismanes. El segundo versaba sobre la astronomía y su influencia en la magia que nos rodea. El

tercero retomaba la importancia de los astros en algo llamado “los tres reinos”, y el cuarto tratado recopilaba recetas mágicas de otras culturas.

Según Nico iba avanzando en la lectura del primer tratado iba descubriendo un sinfín de hechizos para fabricar talismanes para lograr riqueza, amor, perdón, reconocimiento u otras aspiraciones terrenales. Fue en el capítulo 5 donde halló algunas relaciones entre la magia y el cielo, entre los cuales había uno muy similar al que Maslama trataba de confeccionar sobre el esbozo del mapa de Ptolomeo: *“Haz dos talismanes en un ascendente fasto con la Luna en Tauro y también Venus, y escribe en la primera efigie 220 números pares o impares, y en la segunda otros 284 pares o impares. Luego colócalos abrazados, entiérralos cerca uno del otro, y habrá amor eterno, reforzándose el mutuo cariño. A este talismán se lo conoce como el de los números del querer”*.

Un reconfortante calor comenzó a consolar el corazón entristecido del muchacho. Aquello era un absoluto dislate, pero estaba decidido a ofrecer su amor a la luna y a recoger toda su energía en uno de aquellos talismanes. Entró en internet para buscar las próximas fases de la luna. Estaba de suerte. Durante la víspera de la nochevieja la luna llena iluminaría Madrid para ser testigo de su promesa de amor por Sonia. *Gracias Maslama, eres todo un amigo.*



Los aprobados “in extremis” de Zahra supusieron un bálsamo en la relación con su madre y un inesperado crédito para disfrutar de las vacaciones con los deberes hechos. Estaba agotada tras las últimas semanas de estudio y trabajo en el restaurante, condimentadas –como diría Amir improvisando sobre su puchero– con las peleas de Nico y Sonia. Quizás había llegado el momento de recompensarse a sí misma con un merecido premio. ¿Por qué no? No se perdía nada con intentarlo.

El despacho de Marta era un maremágnum de papeles, muestrarios y cables. Sumergida en sus pensamientos, la madre de Zahra se las veía y deseaba con una hoja de cálculo en la que anotaba los gastos del Hatshepsut.

–Deberías ponerte las gafas, mamá. Acercas mucho la cara a la pantalla.

–Casi es mejor no verlo –levanto la mirada fugazmente–. Nunca supuse que costaría tanto emprender un negocio de este tipo. Al menos la crisis suaviza un poco los costes, pero aún así me estoy pasando un poco del presupuesto.

–¿Cuándo traerán las mesas del comedor?

–¡Puf! Ahora con las fiestas... Me temo que para después de Reyes. En principio se podría abrir en febrero, pero todavía no estoy segura.

–En ese caso... –Marta observó cuidadosamente a Zahra, adivinando que había sucumbido a alguna trampa adolescente.

–¿Sí?

–¿Por qué no celebrar aquí la Nochevieja? Podrían venir tus amigas y los míos. Incluso Amir prepararía algunas cosas en plan ensayo general. Sería como en las películas, un pequeño avance del argumento con algunas pinceladas de...

–Estás loca, hija –siguió con sus cuentas como si Zahra no estuviera allí.

–Entiendo, no te apetece... –*¡Carguen los cañones!*–. De todos modos ya tenía otro plan –*¡Apunten!*–. ¿Te acuerdas de Silvia? –Marta asintió mecánicamente mientras consultaba el menú de ayuda del programa–. Seguro que sí, es aquella a la que echaron tres días por hacerse unas pellas –*¡Prendan las mechas!*–. Resulta que me ha invitado a la fiesta de su primo, el de bachillerato, ese que tiene una moto y que suele parar en la plaza. ¡Va a ser la bomba! –*¡Fuego a discreción!*

–No sé qué película te has montado, pero yo no te he dejado ir con esa gente.

–¿Cómo? –La estrategia del mal menor estaba dando resultado–. O sea, que ni puedo organizarla yo ni acudir a la de los demás. No sé para qué me he esforzado estos días...

–Zahra...

–...Aprobando todo, limpiando la cocina con Amir,...

–Zahra, ¿me escuchas?

–...Explicándole las dichosas matemáticas a David,...

–¡Vale! Está bien. Déjame que lo piense.

–¿Lo harás? –Se acercó a abrazar a su madre teatralmente.

–Aún no te he dicho que sí.

–Yo me encargaría de prepararlo todo, comprar las bebidas, decorar el local...

–¿Puedo terminar lo que estoy haciendo?

–Claro.

–Gracias.

Zahra se alejó victoriosa hacia la puerta, mientras su madre la observaba con una media sonrisa esbozada entre el cansancio. Había caído en sus redes como una novata, señal de que necesitaba descansar tras una larga jornada. Dejó el ordenador, apagó la luz y se dirigió hacia la salida. Una máscara de Tutankamon, hecha toscamente con escayola, la observaba con cierto bizqueo desde un estante. Cerró la puerta y contempló el luminoso apagado: Restaurante Hatshepsut. Lo fácil que hubiera sido adquirir una franquicia de una pizzería, sin tantos líos ni quebraderos de cabeza.

Caminó hacia el coche, donde la aguardaba su pavita particular escuchando el mp3 y tecleando el móvil.

–¿Ya te lo has pensado? –Marta se puso el cinturón y arrancó el vehículo sin contestar–. Va a ser la mejor nochevieja de la historia, mamá –y le estampó un sonoro, e interesado, beso a modo de postrero soborno.



A pocos metros de allí, oculto tras un parabrisas tintado, Martín archivaba la última grabación de datos y voz que su roedor informático había emitido en la última hora. Hacía mucho frío en aquel barrio, pero estaba convencido de que la paciencia, que le faltó en Albaidalle, sería la clave de su desquite.

Según Marta y Zahra enfilaban la calle Segovia en dirección a casa, un mensaje entró en el móvil de la joven: *Hola, compañera de espeleología. Estas vacaciones me voy a Bilbao con mi familia a visitar a una hermana de mi madre. El día 5 de enero hacemos noche en Madrid. Me pondré un lacito y seré tu regalo de Reyes. Besos. Rai.*

Capítulo 4

La fiesta

Sentada en el banco de la plaza, Sonia esperaba a su mejor amiga, con un carrito de la compra a rebosar de cotillones comprados en la “tienda de los chinos”, lo cual la molestaba más que la impuntualidad de Zahra, por la estampa de maruja precoz que ofrecía a los abuelotes que tomaban el sol. Así que se consolaba en su soledad releendo una y otra vez las sandeces variadas que le estaban llegando vía móvil a modo de felicitación de fin de año. *Feliz año tía. Aún faltan muchas horas, pero estoy llamando primero a las que no se comerán una rosca en el 2010. Besos Ana. Una gracia tremenda –pensó Sonia–. Para morir. Que en el 2010 tengas sexo, que los ángeles ya se sabe. ¡Feliz entrada! Pedro –patético–. En esta noche especial que reine el amor y que todos tus sueños...* No aguantó más. Se levantó del asiento y dio unos pasos para calentar las piernas.

Una silueta conocida bajaba hacia ella. Estaba claro que el día prometía bastante.

–¡Hola! –dijo Nico bajando la mirada–. ¿Aún no ha llegado Zahra? –Era obvia la respuesta.

–Pues no –aquello tenía cierto tufillo a encerrona. Sonia no sabía que Nico iba a ayudar en los preparativos. Una cosa era asumir que entrarían juntos en el nuevo año y otra muy distinta pasar la mañana colgando serpentinas mano a mano–. ¿Vienes para lo de la fiesta?

–Igual que tú, ¿no? –El chico se sentó en el banco fijando la mirada en el carro estampado. Un silencio espeso se hizo entre ambos–. Has comprado muchas cosas.

–Mira, ahí viene esta pesada –Sonia se alejó del banco caminando con celeridad en busca de Zahra. Nico se quedó quieto confortado por el dulce aroma de la que había sido su chica fugazmente–. Tía, ¿qué pinta Nico aquí?

–¡Hola Sonia! Lo mismo que tú.

–Me podrías haber avisado, ¿no?

–Pero si os veis todos los días en el colegio, ¿qué más te da? Además hay mucho que hacer –hizo un gesto al chico para que se acercara a ellas–. ¿Habéis esperado mucho? –Nico negó con la cabeza e hizo un amago de llevarle el carrito a Sonia, a la cual no le hacía nada de gracia aquellos típicos gestos de machito, por lo que le lanzó una mirada desafiante.

Cuando llegaron al Hatshepsut, el cierre estaba levantado y Amir se encontraba ya trabajando en la cocina, con la expectación e ilusión de su debut en sociedad. Tan sólo acudirían algunas amistades de Marta, que habían prometido pasarse a lo largo de la noche, y unos quince compañeros de clase de Zahra, dispuestos a imaginar que se encontraban en una macrofiesta de

esas que se anunciaban por las calles. Un público variado y exigente para empezar.

–¡Buenos días, Amir! –dijo Zahra asiendo al cocinero por el brazo para presentárselo a Nico, que ya andaba algo mustio, y a Sonia.

–Encantado de conoceros –hizo una leve inclinación de cabeza y prosiguió picando una cebolla. Sonia miró intencionadamente a Zahra, arqueando las cejas mientras observaba el final de la espalda de Amir bailando al ritmo de la música. El gesto no pasó desapercibido a Nico, que salió de allí rápidamente murmurando entre dientes.

–Vente Sonia, que tenemos que ir a buscar a Susanita...

–¿Susanita? –Era la palabra mágica de las dos amigas–. Por supuesto.

Ya en el comedor, Zahra ofreció una silla a Sonia y se aproximó a ella.

–Adivina quien viene la semana que viene.

–Ni idea.

–¡Rai!

–¡Tía! ¿Y eso?

–Él y su familia van a pasar por Madrid y convenció a sus padres para pernoctar aquí y ver el ambiente navideño. Sólo serán unas horas, pero podremos vernos –el tono de Zahra no era lo eufórico que esperaba Sonia.

–No te veo muy entusiasmada.

–Tengo muchas ganas de verle, pero...

–Pero...

–Recuerda que sale con una chica en el pueblo y que quedamos como buenos amigos. No sabré como comportarme.

–Igual que lo harías con Nico, ¿no? –Zahra movió la cabeza ante la sonrisa irónica de Sonia.

–No es lo mismo y lo sabes.

–Mientras lo sepas tú, loba mía... Estás enganchada a un tío que no dudó en meterte en un lío de pelotas y que ahora se lo pasa pipa con fulanita de tal. Se viene a ver a los Reyes Magos a Madrid y les pide un triciclo, un disfraz de Spiderman y un rollito con su amor de verano, mientras que la legítima deshoja una margarita en la cancela de su casa pensando que su cariñito está devorando los kilómetros pensando en ella. No irás a caer en la trampa, ¿verdad?

–Como te pasas...

–Dime en qué me equivoco y lo retiro.

–Anda, ayúdame a inflar los globos para la fiesta.

–Para globo el que tienes en la cabeza.



Sentado sobre unas cajas de refresco, Nico observaba al gatito de Zahra acurrucado en su cesta del almacén. Adoraba a aquel bicho porque le hacía evocar los días felices con Sonia en Glastonbury,

cuando durante un breve lapso de tiempo creyó haber besado a un hada que lo embrujó para siempre.

Se acercó a Avalon y este saltó en dirección a una portezuela que comunicaba con la escalera de las viviendas del bloque. Nico lo siguió, temiendo que se perdiera por aquellos recovecos, pero el animalito se había vuelto muy ágil desde el verano y apenas podía alcanzarlo. Trepó por los peldaños hasta alcanzar la última planta con Nico pegado a sus pezuñas.

–¿Quieres pararte de una vez? –Finalmente lo atrapó cuando se disponía a colarse por una ventana que debía conducir al tejado –. ¿Dónde te crees que ibas, bribón?

Cuando Nico iba a regresar al restaurante, observó unos escalones de madera carcomida, que se encaramaban en dirección a una trampilla por la que se vislumbraba la luz del exterior. Dicen que la curiosidad suele matar al gato, pero esta vez sólo le indicó un camino. Con una mano sostuvo a su cómplice y con la otra corrió el pasador de hierro, que cedió con alguna dificultad. El resplandor del sol le cegó por un instante. Se encontraba en una pequeña azotea, casi cubierta por la nieve, en la que una antena de televisión amenazaba con desplomarse sobre el tubo de ventilación de la cocina de Amir al menor golpe de viento. Avalon maulló de vértigo cuando Nico se asomó a la calle para contemplar el hermoso paisaje invernal de Madrid a través de una reja mohosa, a modo de quitamiedos, por la que se enredaban los cables que bajaban. Sacó un papelito que llevaba en el bolsillo en el que se leía “Luna llena. Día 31 de diciembre a

las 19:14". Su rostro se iluminó. Si aquella era la noche escogida para hacer su conjuro de amor, ¿por qué no hacerlo allí, cerca de ella durante la fiesta de nochevieja? Avalon maulló aprobando su decisión. Sólo faltaba un pequeño detalle por resolver. Con el pie removió los restos de nieve para ver de cerca el suelo. Se trataban de unas losetas bastante antiguas, muchas de las cuales estaban resquebrajadas y mordidas por el hielo y el paso de los años. Fue probando con todas hasta que una de ellas cedió con poco esfuerzo dejando al descubierto una placa de mortero que se desmenuzaba fácilmente con los dedos. Sacó unas llaves del pantalón y rascó hasta confeccionar una pequeña oquedad de unos dos dedos de ancho, donde colocó dos monedas de euro. A continuación la ocultó con la loseta y advirtió satisfecho como está encajaba a la perfección. De nuevo la retiró, para sacar las monedas, y la dejó en su sitio.

—Avalon, me has traído mucha suerte. Eres un gatito muy valioso —ambos abandonaron la azotea y regresaron al restaurante.



Desde la calle desierta llegaban los ecos de los cohetes y las tracas de celebración por el año nuevo. Tras los cristales empañados del Hatshepsut se adivinaban las siluetas de los invitados a la fiesta, la mayoría gente del colegio. Marta departía con unas amigas y saboreaba los aperitivos egipcios de Amir presentados con suma cortesía por Tarek. David pasaba el rato jugando con su videoconsola de bolsillo y ejerciendo de

discjockey improvisado, atendiendo las peticiones de los colegas de su hermana Zahra, que andaba entretenida ejerciendo de anfitriona ante sus amigos, delegando parte de la tarea en su “jefa de relaciones públicas”, cargo que ostentaba Sonia enfundada en un trajecito negro que dejaba las piernas libres para bailar y, de paso, para volver loco a Nico, que se perdía una y otra vez en el camino que iba desde el tobillo a los muslos. Lo mismo le pasaba a Álvaro, un chico de bachillerato, que se acercaba una y otra vez a la zona de influencia de Sonia siendo ignorado repetidamente. Eventualmente las miradas de los dos galanes se cruzaban entre canción y canción, retándose a un duelo invisible cual leones subastando a una hembra. Zahra iba y venía a la cocina para darle alguna vuelta a Amir, nervioso en su primera velada.

–Está todo exquisito, Amir. Te has lucido en tu gran día.

–Gracias amiga. Gran parte del merito es de Tarek, ya sabes. Prueba esto –le mostró una especie de croquetas verdes–. Son rollitos de arroz y carne envueltos en repollo –Zahra probó uno de ellos–. Algo picantes...

–¡Guau! Están deliciosos. Escucha Amir, si ya has terminado, ¿por qué no vienes a bailar un poco con nosotros?

–No sé si tu madre... –Zahra lo tomó de la mano.

–¿Qué dices? Está tan contenta con la comida que has preparado que seguro que te sube el sueldo. ¡Vamos!

Cuando Sonia vio llegar a su amiga, acompañada de Amir, se desplazó hacia ambos girando sobre sí misma al son de la música. La maniobra no pasó desapercibida a Álvaro y Nico.

Hasta el cocinero iba a competir con ellos. Aquella fue la gota que colmó el vaso para Nico, por lo que el muchacho se alejó en dirección a la puerta del almacén para jugar su última carta conjurando a la luna con la ayuda de Maslama y su tratado de magia. Sonia se percató, con el rabillo del ojo, de la huída de Nico y, por un instante, dudó sobre lo que debía hacer, pero justo en aquel instante Amir puso un disco de música árabe en la cadena para enseñarles unos pasos egipcios a Zahra y, de paso, al resto de la concurrencia, que observaba con curiosidad la irrupción del egipcio. El baile propuesto por el cocinero permitía cogerse de la cintura participando todos juntos, Tarek incluido, que hacía muchos años que no ejecutaba aquellos pasos. Marta y sus amigas reían con ganas viendo al grupo de adolescentes rodeando a Tarek, el cual procuraba recuperar el tiempo perdido recordando tiempos más jóvenes.

Finalizada la canción, Amir tomó a Zahra y trató de ejecutar con ella una danza en la que ella giraría y se movería de izquierda a derecha, a la vez que simularía levantar el vuelo de una falda. Al principio la contemplación del cisne egipcio y la pata española causaron las risas de todos los asistentes y más de una grabación de móvil para inmortalizar aquel momento tan divertido. Poco a poco Zahra logró acompasarse con él y se fueron formando nuevas parejas para imitarlos.

A pesar de la música y las risas, Marta pudo escuchar el sonido del teléfono de su despacho. Por un momento su cara se ensombreció temiendo que algún vecino estuviera molesto por la música y hubiera llamado a la policía, porque poca gente conocía

aquel número y nadie, salvo los presentes, podría imaginar que estuviera en el restaurante a aquellas horas.

–¿Diga? ¡Ah! Eres tú...

Zahra seguía rodando en torno a Amir y, en una de las vueltas, creyó ver a su madre hablando por teléfono. Estaba demasiado seria como para tratarse de una felicitación de año, por lo que agarró a Sonia por el codo y la invitó a ocupar su lugar, lo cual hizo añadiendo un poco más de sensualidad a los movimientos de su predecesora.

Marta vio a su hija acercarse y le hizo un gesto tranquilizador.

–Es para ti, hija –y salió del despacho con el rostro cansado.

–¿Quién es?

–Soy papá, Zahra.

–¡Hola! ¿Cómo estás?

–Te oigo muy lejos... Me encuentro bien, gracias. Sólo llamaba para desearte feliz año, ya sabes.

–Igualmente.

–Hacía mucho tiempo que no escuchaba tu voz –se sentía a alguien hablando en suajili al otro lado–. Estoy en una fiesta de año nuevo, en Baraza, un complejo turístico. Mañana llevo a un grupo de italianos en globo por la isla. No sé si llegarán a mañana, porque tienen todas unas moñas... Bueno, no te quiero aburrir con mis cosas. ¿Te lo estás pasando bien?

–Sí, claro... La fiesta en el restaurante está siendo un éxito. Han venido Nico y Sonia, la chica de la que te hablé.

–Suenan genial –había tristeza y melancolía en el tono apagado de Víctor Saunders–. Quisiera compartir contigo momentos como ese.

–¿Vas a venir pronto? –Su padre titubeó y finalmente suspiró.

–Sabes que me gustaría, pero aquí tengo mucho trabajo, afortunadamente y, bueno, no depende sólo de mí.

–No te entiendo papá. ¿No puedes tomarte una semana libre para venir a España?

–Ojalá fuera tan fácil. Tenemos una buena racha...

–Si me lo explicaras podría entenderlo, porque ya no soy una niña.

–Lo sé, lo sé. Por eso quisiera que vinieras algún día conmigo, aquí, a mi casa...

–¿Ir yo a Tanzania?

–¿Quién sabe? Aunque esté trabajando, tú podrías acompañarme en mis excursiones y conocer a... Eso... Saber más de mi vida aquí. Tengo muchas ganas de verte, grumetillo.

–Yo también, Capitán Haddock.

–No te olvides de darle un abrazo de mi parte a Moawad. Me tranquiliza mucho saber que está con vosotras y que arropa a tu madre en el restaurante. ¡En fin! Oye, que no puedo estar

mucho rato, que me ha dejado el teléfono el recepcionista, que es coleguita mía. Haz el favor de llamar a tu hermano... Por cierto, os mandé mi regalo de Reyes, espero que llegue bien.

–Tú serías nuestro verdadero regalo, papá –al otro lado del auricular el silencio dejaba escuchar a los italianos armando jaleo.

–Quizás el año que viene. Paciencia.

–Vale. Un besote. Voy a por David.

–Adiós, hija.

Una enorme luna brillaba sobre Madrid cuando Zahra salió del restaurante para caminar sola por la plaza. Desde decenas de hogares llegaba la algarabía y las risas, mientras los petardos resonaban por las estrechas calles del barrio árabe. Se sentó en uno de los bancos helados y miró hacia el cielo, evocando las nocheviejas felices con toda la familia unida. Recordaba a su abuelo celebrando el cambio de año cada hora, adaptándose al horario de los países que había conocido en su vida y siguiendo los ritos propios de cada cultura. Miró el reloj: las tres y media. También en Glastonbury tía Margaret estaría en su altarcito hablando con la Diosa.

Una silueta se acercó a ella, enfundada en un anorak rojo inconfundible.

–Tía, ¿qué haces aquí? –preguntó Sonia–. Te he visto salir y me he preocupado. ¿Era tu padre el que ha llamado?

–Sí.

–Lo suponía.

Sonia rodeo a su amiga con el brazo y la acurrucó sobre su pecho. Ambas quedaron en silencio mirando hacia el restaurante. Se lo estaban pasando muy bien y no iban a dejar que los hombres les aguaran la fiesta.



No muy lejos de allí, en la azotea, Nico las observaba deseando ser en aquel instante el motivo de las confianzas entre Zahra y Sonia. Su mente racional había sido doblegada por el corazón y se disponía a jugar con las fuerzas de lo desconocido para recuperar el amor perdido.

Capítulo 5

El conjuro a la luna

Aunque había descendido mucho la temperatura, Nico no supo – o no quiso –, explicarse el origen de su temblor cuando retiró la baldosa. Sacó de su bolsillo las dos fichas de madera, una blanca y otra negra, que había sustraído de un juego de las damas que conservaba en el trastero de su casa. Sobre ellas, ayudándose de una navaja, había grabado el número 220 junto al nombre de Sonia en la blanca, y el 284 con el suyo en la negra. Tal y como había leído en el Picatrix, debía colocar ambas fichas abrazadas, así que puso el reverso de su ficha sobre la de ella y las depositó con delicadeza en el pequeño espacio. Junto a ellas necesitaba algún objeto que perteneciera a Sonia, pero no encontró ningún recuerdo que cupiera en aquel diminuto espacio, por lo que optó por doblar una copia de la fotografía de Sonia en el Tor. Luego miró hacia la luna llena y entonó la frase que había traducido Tarek de la caja que contenía el amuleto del amor eterno: *“En el nombre de Dios, cuya luz muestra lo que hay tras los velos. Que de la nada hace surgir la existencia de las criaturas y las cosas. Que es la fuente del día y la noche, y de cuyo poder surge el destino de los hombres”*. Situó la loseta en su sitio y sonrió al cielo. Un soplo de aire frío lo invitó a regresar abajo. Aunque en

el fondo reconocía que todo aquel rito no era más que un juego para consolar su alma entristecida, le pesaba la sensación de haber fracasado ante un revés emocional no resuelto.

–Hay que joderse... –dijo para sí según bajaba la escalera–. Aquí jugando como un crío.

Entonces apareció ella.

–¿Qué hacías ahí arriba? –preguntó Sonia.

–Nada –¿Estaba funcionando el encantamiento? Tenía que ser una casualidad.

–¿Nada? Esta es la fiesta de Zahra y tú su mejor amigo, así que no te amuermes, ¿quieres? –se volvió y descendió unos peldaños mostrándole el camino.

–No.

–¿Cómo qué no? –Retrocedió y se aproximó a él desafiante–. No te entiendo... Sé que todo esto es por mí, y créeme si te digo que lo siento de veras, pero no puedes encerrarte así en ti mismo. Si no lo haces por ti hazlo por nosotras.

–¿Por vosotras?

–Sí Nico. Te queremos mucho y te necesitamos a nuestro lado como antes. Para mí eres un tesoro que quisiera conservar – Sonia giró la cabeza hacia la azotea, ocultando sus ojos emocionados–. Somos muy jóvenes y, como dice la tutora, estamos cambiando cada día. No somos los mismos de Glastonbury ni los mismos que entraron hace unas horas a la

fiesta. Debemos crecer, mirarnos en el espejo cada día para reconocernos, y eso requiere tanto esfuerzo –tomó con cariño las manos del muchacho–. Ni siquiera sé si me quiero a mí como para saber lo que siento por ti. ¿Me entiendes?

–Yo sí lo sé.

–No es tan simple –se separó con cuidado de él y dejó que una lágrima furtiva se escapara de sus ojos. Para no mostrar debilidad ante él se alejó en dirección a la azotea–. Déjame un rato sola, ¿quieres?

Así que eso era todo. El poder del talismán, o la euforia de la fiesta, había posibilitado que Sonia acariciara el alma de Nico, mostrándole sus emociones como quien contempla una estrella fugaz. Quizás ella tuviera razón, pero también sus palabras animaban a vivir el momento. Carpe Diem. Entonces miró hacia arriba y adivinó la sombra de Sonia, esculpida por la luna, derramándose entre la oscuridad y tocando con sus dedos su rostro, y supo que ella lo esperaba, y que la magia del Tor todavía era dueña de su voluntad, por encima de cualquier encantamiento o hechizo.

–Soy un perfecto memo –y galopó sobre la escalera en busca de ella.

De espaldas a la puerta, el cuerpo de Sonia se recortaba inmerso en el resplandor lunar, mientras dos diminutos pajarillos parecían revolotear tras ella. Algo no cuadraba en la escena. Miró hacia el suelo y se sorprendió al encontrarse el refugio de sus amuletos abierto, mostrando tan sólo unas cenizas humeantes

de lo que fuera la imagen de Sonia. Ni rastro aparente de las dos piezas de madera. A no ser que...

No, no eran dos pajarillos los que flotaban en el aire, sino dos pequeños discos sostenidos en el vacío, como plumas acunadas por un aliento invisible, una presencia que se intuía en el ambiente. Con un rápido movimiento reflejo, Nico atrapó una de las fichas, provocando la caída inmediata de la otra y el inesperado desvanecimiento de Sonia. Apenas tuvo tiempo de sujetar su cabeza para que no se golpeará. Su rostro estaba tan blanco como el día de Stonehenge, pareciendo que las hadas hubieran acudido a la fiesta de Zahra para tomarse las uvas y volver a danzar en su círculo.

Una nube negra oscureció más la madrugada durante unos instantes, tras lo cuales Nico observó atónito las dos fichas de madera en su mano. Los números seguían ahí, pero los nombres de los amantes habían sido borrados con fuego, dejando sus trazos carbonizados.



La fiesta estaba en su apogeo cuando Zahra vio a Nico acercarse exaltado hacia ella, seguido de Sonia gritándole no sé qué de una paranoia. Estaba claro que no iban a dejarla en paz ni en nochevieja.

–Han vuelto, Zahra –dijo el muchacho elevando el tono de voz para vencer a la música egipcia de Amir.

–No le hagas caso. Es que ya no sabe que inventarse para que lo escuchen –aclaró Sonia.

–Se ha desmayado, Zahra, y no recordaba nada. Como este verano.

–Vale, callaos los dos de una vez. Vamos abajo para poder hablar.

En el almacén olía a humedad, porque todavía estaba fresco el cemento. Zahra sentó a Nico sobre un cajón de frutas y a Sonia en un barril de cerveza, quedándose ella de pie frente a ellos, con los brazos cruzados y dispuesta a cantarles las cuarenta a los dos.

–¿Sabéis? Empiezo a cansarme. En serio. Con lo bien que lo pasamos en tercero y este curso parece que está maldito... ¿No os dais cuenta?

–Eso es lo que trato de decirle a Sonia, pero no me quiere escuchar.

–¡No digas más tonterías! –gritó la aludida.

–¿Qué es lo que os pasa? –Nico se acarició el cuello y mostró una mirada culpable que su amiga Zahra conocía muy bien–. Vale. Dime lo que has hecho.

–Pues... ¿Recuerdas todo lo que me contaste sobre el mapa de Maslama?

–Claro.

–¿Qué mapa? –preguntó Sonia.

–Lo que encontramos en el sótano.

–¡Ah! Lo del señor árabe ese que guardaba tesoritos...

–El mismo. ¿Qué pasa con eso, Nico?

–He investigado lo de los números de la caja, así como otros encantamientos que Maslama recopiló en un libro. Había uno de ellos que hacía referencia a los números 220 y 284. Se llamaba talismán del amor eterno...

–No me lo puedo creer...–Sonia se levantó muy nerviosa, caminando sin sentido por la estancia–. No tienes remedio, tío.

–Déjale hablar, ¿quieres? Sigue, Nico.

El joven les contó todas sus andanzas, desde su visita al Museo Municipal hasta el momento en el que encontró a Sonia en la azotea. Las dos amigas lo contemplaron en silencio sin saber si reír o llorar ante la ocurrencia de Nico. Finalmente Zahra esbozó una sonrisa y miró alternativamente a la pareja. Sonia no parecía ver nada divertida aquella historia: –¿Me estás diciendo, perfecto melón, que me has hecho un encantamiento como si fueras una especie de brujo? ¡Por Dios! Estás peor de lo que pensaba...

–No deja de ser romántico –añadió Zahra conteniéndose la carcajada.

–Lo siento Sonia, de verdad.

–Está bien –Sonia hacía un esfuerzo por centrarse y retomar el control de la situación–. Estábamos de fiesta, ¿no es así? Olvidemos todo lo que ha pasado y subamos a bailar – avanzó hacia la puerta y esta se cerró con estrépito. Se acercó a girar el picaporte, pero estaba atrancado.

–¿Qué pasa? –preguntó Zahra borrando de su cara la expresión divertida de antes.

–No sé, la puerta...

Entonces una brisa helada como el hielo cruzó el sótano desde lo que fue el aljibe hasta el techo, apagando la bombilla que colgaba de un cable polvoriento. Los tres amigos se quedaron de piedra.

–¿Quiénes te han hecho la reforma? ¿Manolo y Benito? –preguntó con impaciencia Sonia.

–Espera que saque el móvil –Nico encendió el teléfono para alumbrarse–. ¡Mierda! Debe estar sin batería.

–Pues el mío tampoco funciona –descubrió Zahra extrañada–. No puede ser, si lo cargué antes de...

El grito de Sonia resonó en toda la estancia. La tenue luz que se colaba por la rendija apenas permitió a Zahra ver como su amiga se derramaba literalmente sobre la pared, deslizándose en un murmullo inaudible mientras Nico se abalanzaba entre la oscuridad al rescate de la chica. En cuestión de segundos la cabeza inerte de Sonia descansaba sobre los brazos de sus compañeros, que se preguntaban inútilmente qué estaba sucediendo.

Entonces la luz regresó y un ligero crujido surgió de la cerradura de la puerta. Nico tenía razón. Sonia tenía la misma cara que cuando visitó el reino de las hadas meses atrás.



La sopa caliente que Amir ofreció a Sonia le supo a gloria. Como en Inglaterra, la joven recuperó su buen color rápidamente, por lo que el cocinero los dejó solos entre los fogones y regresó a la fiesta. Zahra le recordó que no debía decirle a nadie que Sonia se encontraba algo mareada.

–¿Y bien? –preguntó Zahra acariciando la cabeza sudorosa de Sonia –. ¿Qué ha pasado?

–Nada.

–¿Nada? –dijo Nico preocupado–. Sufriste otro desvanecimiento. Deberías ir al médico.

–Estoy bien, de verdad –se le notaba impaciente y con ganas de zanjar el tema–. Álvaro traía una petaca y, bueno, tomé un buchito de alcohol. Eso es todo.

–Álvaro es un imbécil –sentenció Nico-. Si tu madre se entera...

–Luego hablaré con él –dijo Zahra retomando la conversación-. Pero ahora, dime, ¿por qué gritaste?

Sonia dudó un instante y luego negó con la cabeza.

–Fue el alcohol, tía. Nada más. El delirio ese...

–¿De qué hablas?

–Pues eso, que vi a la mujer esa, allí enfrente –Nico y Zahra se miraron sorprendidos.

–¿Qué mujer, Sonia? –insistió Zahra.

–Cuando estábamos en el sótano vi a una dama vestida con un traje blanco, muy lujoso, sentada en un trono. Junto a ella había otro trono vacío. Sus ojos estaban apagados, de un color gris perla, muy opaco. Se giró hacia Nico –el muchacho se removió inquieto en el taburete de la cocina– y extendió sus manos mostrando en cada una algo así como... –trató de dibujar algo en el aire con poco éxito–. No dejaba de pronunciar unas palabras en otro idioma.

–Toma –Nico le tendió un bolígrafo y un cuaderno que usaba Amir para anotar las recetas de Tarek–, intenta dibujarlo. Sobre el papel fueron surgiendo dos semicírculos asimétricos de 180°, uno como una luna creciente y el otro menguante.

–Luego juntó las manos y una esfera brillante me cegó ocultando tras ella a esa señora.

–¿Qué decías que tenía la petaca de Álvaro, bonita? –dijo Zahra para quitarle hierro al asunto.

–Esperad un momento –Nico se levantó y comenzó a pasear alrededor de la mesa de la cocina–. La oración del Corán. ¿Recuerdas lo que ponía en la caja de Maslama, Zahra? –La chica se encogió de hombros a la vez que abría los ojos indicándole inútilmente a Nico que abandonara el tema de una vez–. *“La hora se acerca y la luna se ha partido en dos. Si ven un signo se desentienden y dicen: es magia persistente”*.

–¿Qué es eso? –preguntó Sonia.

–Se trata del milagro del fraccionamiento de la luna. Estuve leyendo algo sobre el tema cuando me documentaba

para... –Nico se sintió avergonzado al recordar sus intentos de lograr el amor de Sonia mediante brujería–. Eso, ya sabéis, lo de las fichitas –se ruborizó ligeramente–. Se trata de un milagro del profeta Muhammad. Separó la luna en dos mitades exactas para demostrar a la gente que lo escuchaba que él era en verdad un enviado de Alá. Eso debía interesar mucho a Maslama, ya que era astrónomo.

–Si no me he perdido... –comentó Zahra–. ¿Estás relacionando el conjuro de los amuletos con las dos mitades de la luna?

–Algo así. Es como esos colgantes que representan un corazón dividido en dos partes y que encajan a la perfección. Dos mitades, dos números, dos discos...

–Esperad, aprendices de Harry Potter –interrumpió Sonia con mal humor–. Os prometo no beber nunca más, ¿de acuerdo?

–Sonia lleva razón Nico –concluyó Zahra–. Estamos como en Glastonbury, dejándonos llevar por la excitación de lo ocurrido.

–Lo sé, ya sabes lo que pienso de estas cosas. Son todo supercherías.

–Pues podrías haberte ahorrado la escenita de arriba, rico, que una ya es mayorcita como para que la engatusen con abracadabras y lunitas. Así que vamos a terminar bien la fiesta, gente.

–Está bien Sonia, pero ahora voy a tener unas palabritas con Álvaro –y los tres se alejaron en dirección al comedor, desde el que llegaba el sonido de la alegría por el nuevo año.



Sumido en la oscuridad de su habitación, Martín hacía un desesperado zapping buscando algún programa que no fuera un especial de nochevieja ni la película “¡Qué bello es vivir!”. Bebió un trago de la botella que había comprado en una tienda de alimentación, regentada por una familia de chinos que parecían ajenos a la algarabía de la capital.

Su pecho latía con fuerza, como un animal que se encontrara ante un peligro del que sólo quedara una última oportunidad de escapar. Tomó el teléfono, cuya pantalla le iluminó los ojos enrojecidos, y marcó el número abreviado que tantas veces había usado antes de ser humillado en la cueva del senet. La bronca voz de Menéndez surgió de forma abrupta en su interior: –Creo que te dejé bien claro que no quería volver a saber de ti. No me digas que llamas para felicitarme el año, porque entonces pensaré que además de ser un inútil eres también un tonto del culo.

–Perdone jefe, sólo quería...

–No soy tu jefe, ni siquiera se me ocurre un motivo para no colgarte.

–En cierto modo es verdad que llamo esta noche para darle un regalo de año nuevo.

–No me toques las pelotas, ¿quieres?

–¡Espere! Tengo algo sobre Marta Giménez que ni se puede imaginar –se hizo un silencio que Martín interpretó como una tregua.

–Si es sobre el senet o el amuleto que lleva la niña, llegas tarde. Es un asunto que tengo pendiente, pero todo tiene su momento.

–¿El amuleto? No, deje que le cuente...

–Tienes veinte segundos para provocar mi interés. Veinte... Diecinueve...

–La familia ha montado un restaurante en Madrid, algo sencillo, de temática egipcia, aprovechando algunos de los enseres de Albaidalle.

–¿No querrás que vaya allí a cenar y a presentarles mis respetos?

–Los he estado espiando y he descubierto algo que le puede fascinar a un coleccionista de mapas antiguos –se escuchó el suspiro de impaciencia de un aburrido Menéndez–. El inmueble está situado en el antiguo barrio árabe de Madrid. Durante la reforma encontraron una cajita con un boceto de un mapa, una copia en lengua árabe procedente de la traducción del planetario de Ptolomeo...

–Querrás decir planisferio, burro...

–Eso, planisferio. Creo que lo guarda bajo llave en el despacho de ella, en el restaurante.

–No existen copias en árabe del planisferio de Ptolomeo, aunque sí creo recordar... ¿Cómo se llamaba el moro aquel de Córdoba?

–¿Maslama?

–Sí, Maslama, me suena ese nombre, pero ¿qué sabes tú de historia árabe?

–Es el autor del mapa, eso entendí.

–Escúchame bien, Martín. Si eso que me estás diciendo es cierto, ese mapa, o lo que quede de él, es único en el mundo. Me extraña que lo tenga Marta Giménez.

–Ya le he dicho que estaban haciendo obras y...

–¡Silencio! Déjame pensar... Conozco personas que pagarían miles de euros por ese trozo de papel. No sería difícil colocarlo.

–Aunque la obra ha finalizado, el contratista no volverá hasta el día cinco por la tarde. Ese día Marta Giménez ha quedado con él para comentar los retoques de última hora. Supongo que Moawad estará con ella.

–¿Cómo? ¿Todavía anda ese por España?

–Así es. Ese día les haré una visita y me llevaré el mapa.

–Bien, bien... Si lo consigues quizás me plantee de nuevo que trabajes conmigo –Martín apretó el puño en señal de victoria–, pero si vuelves a fracasar esta habrá sido la última vez que hablamos.

–No le fallaré. Tendrá el mapa de Maslama en sus manos dentro de unos días.

–Por cierto. Si te topas con la niña, fijate si lleva el medallón de plata, el de los dos círculos que se cortan, como esos conjuntos que forman una intersección, aquello que vimos en matemáticas cuando éramos niños. Es una especie de amuleto pagano, relacionado con ritos de brujería. Me interesa.

–Veré lo que puedo hacer.

–Pero, sobre todo, quiero ese mapa. No me importaría quitarle el colgante a la niña con mis propias manos más adelante.

–Muy bien. Gracias por esta oportunidad, señor Menéndez.

–Ya lo sabes. Ni un error más –y colgó el teléfono.

Saboreando una copa de champán, el coleccionista de arte observaba el mar tenebroso aquella madrugada destinada a nuevos propósitos. Recordó el día en el que perdonó a Martín como un momento de debilidad. ¿Quién le iba a decir que todavía le sería útil?

Nadie se había burlado de él hasta la fecha y aquellos que lo intentaron tarde o temprano pagaron su precio. Las doce campanadas habían marcado la hora de pasarle factura a los Saunders.

Capítulo 6

La esencia enamorada

Los primeros rayos de sol del 2010 se emboscaron en la estrecha calle de San Ginés, cuyos alrededores se habían transformado en un vertedero de vasos vacíos de chocolate y servilletas embarradas por el suelo. Nico caminaba delante de sus amigas, en dirección a la calle Arenal, pateando uno de aquellos vasos, mientras recordaba su patético intento de realizar magia en una azotea, acusando una punzada en su autoestima por haberse comportado como un niño pequeño, incapaz de asumir que le han birlado su juguete. Por si fuera poco, Sonia había cogido una pajita del mostrador y había salido a la calle usándola como varita mágica para perpetrar conjuros a diestro y siniestro, por lo que las risas de las chicas reforzaban su patetismo.

–Muy divertido, ya lo sé. ¿Os queda mucho?

–No sé. Aún no pareces una rana –comentó Sonia unos metros atrás agitando la pajita–, pero estoy en ello. Escucha Zahra: Ranus Nicolarus, que el poder de las dos lunas te transforme en batracio –las dos rieron con ganas.

–Ja-ja-ja. Sois muy graciosas, me troncho.

–No te mosquees, Nico –dijo Zahra–. Sólo es una broma.

–La primera vez vale, pero ya os estáis rallando. Lleváis casi toda la noche con la chorradita.

–La verdad es que algo verde si se está poniendo –añadió Sonia al ver el acaloramiento de Nico.

–¡Bah! Déjalo ya. Eres nuestro príncipe –Zahra corrió hacia el chico y lo tomó del brazo, dándole un sonoro beso en la mejilla–. No te enfades, ¿quieres?

–No me enfado, pero es que...

Los alrededores de la plaza de Tirso de Molina eran un muestrario de zombies resacosos buscando su autobús o procurando no confundir cualquier sumidero con la boca de metro. Zahra sintió cierta inquietud por dejar a su amiga volver sola a casa.

–Tranquilos. Hay mucha gente. En quince minutos estoy allí. ¿A qué hora quedamos para limpiar?

–No hace falta que vengáis. Somos muchos.

–No rica, que aquí todos pringamos.

–Sonia, tiene razón. ¿Te parece bien a las cinco?

–Bien, pero para dar una vuelta por el centro.

–Ya veremos –dijo Sonia mientras comenzaba a bajar al metro–. Bueno gente, yo me abro, que estoy que me caigo. Luego nos vemos en el restaurante.

–¿No quieres que te acompañe? –preguntó Nico adivinando en el gesto de impaciencia de Sonia la respuesta.

Tras dejarla en Tirso de Molina, Zahra y Nico se dirigieron a la parada del autobús. Zahra seguía asida al brazo de su mejor amigo. Apoyó la cabeza en su hombro y observó su perfil mustio.

–¿Cómo estás?

–Ese sueño que tienen algunas personas en el que están desnudos frente al público, ¿te suena? –Ella asintió–. Pues mucho peor. He hecho el ridículo delante de ella. Siento tanta vergüenza que...

–Nico, parece mentira que no la conozcas todavía –se detuvieron en la dársena de la línea de su barrio–. Estoy segura de que en el fondo a ella le ha halagado lo que has hecho... No sé, es muy tierno intentar conjurar a la luna por ella.

–¿Tierno? Es lo más patético que he hecho en mi vida.

–¡Anda! ¿Y es que los demás no tenemos un curriculum lleno de pifias?

–Sonia no creo que haya hecho nada tan pueril como lo mío.

–Me va a matar por contarte esto –dijo Zahra con ojos traviosos–. Todo sea por la causa...

–¿El qué?

–Con doce años Sonia se enamoró de uno de los cantantes de Operación Triunfo y fue con su abuela a la puerta del hotel durante la gira. Cuando los cantantes bajaban hacia el bus, todas las chicas gritaban histéricas delante de la cámara de

televisión. Pues bien, días más tarde apareció en el programa, en hora de máxima audiencia, el vídeo del hotel en el que se veía a Sonia gritándole al fulano que era un tío bueno, con su abuela emboscada tras ella y una buena muestra de acné en la cara.

–¡Qué fuerte! –El muchacho recuperó la sonrisa, no por la anécdota, sino por el esfuerzo de Zahra por animarlo–. No me la imagino.

–Pues ya ves. ¡Cómo le digas que te lo he contado, te mato!

–Ya viene mi bus –Nico miró con cariño a su compañera de tantas aventuras en la infancia y ahora portadora de sus secretos–. Eres lo mejor, Zahra.

–Descansa. Luego nos vemos –y se dieron un abrazo de despedida–. ¡Feliz año, Mr Potter!

–¡Feliz año, Hermione!



Mierda. El metro enfilaba el túnel dejando el andén desierto. Sonia se aproximó inútilmente hacia el panel de horarios, sabiendo que en esas festividades la frecuencia de paso disminuía, y más en Año Nuevo. Resopló, añorando su cama para gozar de una siesta escandalosa, y se sentó a esperar. Frente a ella una pandilla de talluditos hacía el ridículo, con unos cuernos de ciervo adornando su cogorza, delante de una mujer que dirigía al grupo con los tacones en la mano. En aquel momento se imaginó a sus padres en actitud similar con sus

amigotes en la sala de fiestas. De vergüenza ajena, como cuando sus profesores bailaban Grease en la gala del colegio. El metro se adentró en la estación para recoger a los tipos de los cuernos, devolviendo la tranquilidad a su espera. Silencio.

Una parejita se sentó unos metros a su derecha, acurrucándose el uno en el regazo de la otra. Inevitablemente lo asoció a Nico, tan dulce y atento, pero con la madurez de una bellota cuando se trataba de gestionar sus sentimientos. A pesar de todo, si quisiera salir con un chico, lo elegiría a él, pero no era lo que necesitaba en ese momento. La vida se mostraba llena de oportunidades y experiencias nuevas, por lo que no deseaba llevar lastre por ahora.

Los minutos pasaban. El eco lejano del tren acercándose surgía de las fauces del túnel. Entonces lo percibió. Fue algo fugaz, casi inapreciable, pero creyó notar que las puntas de unos dedos habían acariciado su cuello. Un escalofrío recorrió su espalda al comprobar que seguía sola en el banco. Giró la cabeza bruscamente por si alguna rata hubiera osado abandonar las vías para conocer mundo. Nada. Debía ser el agotamiento de la fiesta que se manifestaba en forma de hormigueo.

La entrada del convoy era inminente, por lo que fue a incorporarse. Sin motivo aparente, su cuerpo estaba trabado sobre el asiento, como si sus músculos no obedecieran. La voz no le salió de la garganta cuando descubrió aterrada que decenas de manos blanquecinas, surgiendo del suelo y la pared, sujetaban sus piernas, hombros y brazos. El metro hizo su aparición

provocando su liberación y precipitándola hacia las vías, quedándose a unos pocos centímetros del borde, por lo que el conductor tocó el silbato al pasar junto a ella. Sonia gritó y miró hacia el banco solitario. Entonces una nueva mano la sujetó del codo, a lo que ella reaccionó cayendo al suelo sin darse cuenta de que esta vez era el chico de la parejita, que se había acercado a ella al verla gritar.

–¿Estás bien? –le dijo.

–Sí, eso creo –y entró corriendo en el vagón.

El conductor se asomó desde su ventanilla moviendo la cabeza en señal de desaprobación, dando por seguro que todo se debía a los excesos de la fiesta. Sonia se acomodó en una fila de asientos. Junto a ella viajaban los dos novios, que murmuraban sobre ella, y un hombre de mediana edad de gesto aburrido. El tren arrancó y prosiguió su marcha hacia la estación de Sol, con Sonia sujetándose la cabeza con las manos, reconociendo que en su interior algo no iba bien y que lo que le estaba pasando aquella noche no se debía al sorbito de la petaca de Álvaro. Algunos pensamientos funestos sobre su salud pasaron rápidamente por su mente, desde una esquizofrenia hasta el tumor cerebral, sin descartar la herencia genética de su bisabuelo, aquel que buscaba agua con un palito por el campo. Frotó sus ojos queriendo despertarse de aquel mal inicio de año, pero de nuevo regresó la pesadilla.

Ahora Sonia se encontraba sentada en una tosca silla de madera coronada por una barra de metal a modo de asidero y

girada en el sentido de circulación. Sobre ella una mortecina bombilla oscilaba dentro del farol de metal del techo. Una mujer, cubierta por una toquilla, de mirada perdida y fija en el suelo, sujetaba a un bebé en el asiento contiguo. Al fondo del vagón, un hombre vestido con un sucio uniforme, viajaba con la mano apoyada en una palanca de la pared, moviéndose al compás del traqueteo. Olía a pobreza y desinfectante. Se levantó sobreponiéndose al mareo que trataba de vencerla y observó como algunos campesinos armados la acompañaban en el viaje, así como otra madre enlutada con un chiquillo de la mano. En ese momento la débil iluminación de Sol penetró en el convoy como una diminuta posibilidad de escapar de la pesadilla. El tipo del uniforme hizo girar la palanca para abrir las puertas, dejando a la vista el desolador paisaje de decenas de refugiados de los bombardeos del bando nacional acampados bajo la bóveda protectora. Aunque se vislumbraba el letrero de la parada de Sol entre los enseres y los sacos, Sonia estaba convencida de no estar allí, al menos en el año 2010. Un murmullo, proveniente de los vomitorios de salida, fue en aumento hasta distinguirse el eco de una sirena, capaz de solapar en intensidad los chirridos del tren. Gritos, idas y venidas, sacos que pasaban de mano en mano atrapando a la joven en el inesperado tumulto de los ciudadanos que buscaban cobijo ante la caída de las bombas aéreas. Corrió en dirección a la salida, siendo empujada y zarandeada por querer escapar hacia un infierno que ella consideraba al menos más real.

Cuando Sonia logró alcanzar el hall, se topó con unas antiguas taquillas empotradas,, con sus verjas abiertas para

facilitar que todas las personas pudieran alcanzar el andén cuanto antes. Una terrible detonación hizo vibrar el techo, mientras ella trataba de deslizarse por la pared para no ser pisoteada. Un miliciano, de rasgos difusos y borrosos, la cogió del brazo y le afeó su actitud por entorpecer la operación.

–¿No has oído la alarma? –exclamó regalando a Sonia un amargo aliento a tabaco de picadura requemado.

Cuando finalmente logró salir al exterior, un fuerte fogonazo la cegó, cayendo sin sentido al suelo. En su subconsciente creyó escuchar voces que se arremolinaban para ayudarla, gritando algo sobre un médico. Unas siluetas ocultaron paulatinamente la claridad del sol y entre ellas surgió la presencia dulce y sosegada de una mujer vestida de blanco que la tomó de la mano. La misma del sótano del restaurante. Su rostro, triste e inmóvil, se asemejaba al de una muñeca de porcelana desconchada, en la que un certero golpe hubiera partido la frente en dos. Unas palabras en árabe surgían de la boca sellada de aquella aparición, penetrando por el corazón de Sonia hasta transformarse en un mensaje comprensible para su alma: *–Te extraño. ¿Dónde estás? ¿Por qué me has abandonado? ¿He hecho algo mal además de amarte? Sé que tus besos jamás me pertenecerán y entiendo que en tus ojos no me he de ver jamás, pero espero que no hayas dejado de quererme, porque sé que lo nuestro es imposible, pero verdadero. Aunque estemos lejos, siempre que quiera encontrarte, te buscaré donde eternamente estarás: en lo más profundo de mi lastimado corazón.*

Entonces Sonia sintió una bofetada en la mejilla y de nuevo los primeros rayos del amanecer quemando sus pupilas. Alguien estaba tratando de hacerla volver en sí, sin saber que en aquel momento la joven se encontraba totalmente consciente en algún lugar perdido entre el presente y el pasado.

Los ojos cansados de un sanitario fueron los primeros que vio Sonia cuando recobró el conocimiento.

–¡Vaya nohecita que llevamos! –le dijo– Hay que saber beber, guapa.



La máquina bufaba mientras Amir preparaba los cafés. En una mesita de la esquina, Nico y Zahra observaban preocupados a Sonia, que permanecía con la cabeza escondida entre los brazos y apoyada sobre la mesa. Lo que les había contado era aún más difícil de creer que lo de la fiesta.

–Nico tiene razón, tía. Debió sentarte mal algo que tomaste anoche y... No sé, el cerebro es un misterio.

–De todas formas tendría que verte un médico –añadió Nico ante la reprobadora mirada de Zahra–. Lo digo por si tienes algún problema de azúcar o algo así.

Sin moverse un músculo, Sonia emitió una especie de gruñido que venía a decir algo así como basta de chorradas y vamos a afrontar el tema de una vez. Con gran dificultad, la mirada ojerosa de Sonia asomó de su madriguera y miró alternativamente a sus amigos.

–La culpa es tuya, Nico –y regresó a su estado inicial.

–Esa es buena. Sigues empeñada en que el conjuro de magia árabe en la azotea es la causa de todo –dijo el muchacho sintiéndose abrumado.

–Sonia, ¿desde cuando Nico es capaz de invocar a los fantasmas? Piensa un poco. Tiene que haber otra explicación – llegó Amir con la bandeja y se dispuso a servirles.

De nuevo Sonia abrió el caparazón, pero esta vez levantó más la cabeza buscando a Amir, que regresaba tras la barra para seguir secando los vasos de la fiesta. Antes de que Sonia llamara al cocinero, Zahra adivinó sus intenciones.

–¡Sonia...!

–Amir, chato. ¿Puedes venir un momento?

–No irás a...

–Déjame un momento, ¿quieres? La tía del sueño hablaba en árabe, ¡y la entendí! Te puedo asegurar que no tengo ni papa de esa lengua. Además, llevo un buen rato escuchando vuestras opiniones y sigo pensando que el Maslama ese de los mapitas es el causante de todo –lanzó a Nico una mirada capaz de helar un soplete–. Bueno, sin menospreciar las habilidades de aquí, el abracadabrante Grandalf.

–Dime Sonia –contestó Amir acercándose a la mesa.

–¿Puedes sentarte un momento con nosotros?

–Esto confirma que no estás bien –dijo Zahra acomodándose en la silla para asistir a la absurda escena que se iba a desarrollar.

Amir escuchó con asombro el relato de Sonia, casi sin pestañear, procurando no perderse detalle alguno. Nico no paraba de marear el café con la cucharilla sin saber donde meterse. Cuando Sonia acabó, los tres miraron expectantes a Amir. Hasta el propio Avalon alzó el cuello desde su cesta para ver que se estaba cocinando allí.

–No se debe jugar con los muertos –sentenció Amir–. Yo he oído historias pavorosas sobre jóvenes que creyeron que se podía conjurar a los antepasados para echarse unas risas con los amigos y luego sufrieron castigos terribles.

–Si lo dices por lo de hacer el tonto con la ouija, por ahí hemos pasado todos –dijo Zahra procurando quitarle importancia a la opinión del cocinero.

–En mi cultura existe gente capaz de invocar a las fuerzas del más allá, adueñándose de voluntades y logrando la capacidad de manejar el destino de las personas –susurró Amir mirando a su alrededor con aura misteriosa.

–Si pretendes asustarme te diré que por aquí lo llaman mal de ojo y se cura con un par de ajos –dijo Sonia moviendo la cabeza impaciente–. Lo que quiero saber es si conoces alguna forma de comprobar si hay relación entre el hobby de Nico –el aludido depositó la taza con estruendo, sin argumentos para

protestar– y la aparición de una mujer enamorada que se pasea por mi sesera recitando en árabe.

–Yo no puedo asegurarlo, aunque ya te digo que mis mayores cuentan historias y...

–¿Conoces a alguien que pueda ayudarnos? –interrumpió Sonia.

–Creo que sí –de nuevo Amir bajó la voz para hacerse el interesante, pero no te saldrá gratis. Preparad un sobre con dinero a modo de ofrenda.

–Mientras no me pida el alma... Esa carta la tengo reservada para aprobar la prueba de acceso a la universidad.

–Se trata de un célebre oráculo que vive en mi barrio.

–Genial, ¿nos llevarás? –preguntó Sonia

–No me lo puedo creer –dijo Zahra con un tono responsable que se contradecía con su propia expresión ilusionada ante la aventura.

–Genial. Si me ayudáis a limpiar este desastre os acompaño y damos un paseo hasta allí.



Los vasos sucios y la perspectiva de visitar la guarida de un hechicero prolongaban la sensación de Nico de estar sometido a una penitencia por sus pecados contra la razón. ¿Quién le mandaría a él ponerse a jugar con la luna?

Capítulo 7

El mago de Lavapiés

La antigua judería de Madrid era ahora un barrio mestizo, en el que convivían vecinos de decenas de países. Si tras la Guerra Civil Lavapiés se convirtió en un refugio para miles de personas, de avanzada edad y pocos recursos, sus viviendas en corralas también supusieron un techo donde cobijarse para muchos de los extranjeros que fueron llegando a la capital en los años ochenta, buscando rentas asequibles y locales baratos en los que emprender sus negocios.

La noche estaba cayendo cuando los cuatro jóvenes salieron de la boca del metro. Amir hizo un gesto para que lo siguieran y se fue internando por las estrechas calles, donde el aroma de las especias, emanadas por los restaurantes, las tiendas de mayoristas y la acumulación de polvo en algunos portales, evocaban mercados míticos como Khan el Khalili de El Cairo o el Gran Bazar de Estambul, pero a una escala bastante más modesta, como si pasear por allí fuera un espejismo lejano construido en el recuerdo del pasado perdido de los comerciantes. Las postales de Lavapiés eran simples destellos de un esplendor oculto en la memoria de sus habitantes. Sin embargo, aquella colección de imágenes fugaces constituía el

propio encanto del pequeño pueblo cosmopolita, emboscado junto al centro turístico de Madrid.

La puerta del portal estaba entreabierta, rendida a cualquier intento baldío por incrustarle un nuevo cerrojo en su carcomida madera. Frente a ella, a la derecha, una escalera ascendía tan vertical como la de la casa de Ms Saunders en Glastonbury y, a la izquierda, un patio de vecinos donde sudaba la colada. Amir inició la subida al último piso, sin percatarse de las caras de sus acompañantes. Sonia procuraba no rozar ni la pared ni, mucho menos, tocar el pasamanos. Nico llevaba el móvil en la mano por si tenía que llamar urgentemente al número de emergencias ante cualquier derrumbe o eventualidad delictiva. Zahra sonreía recordando su entrada en la galería de la cueva de Albaidalle, poco más angosta que aquel pasillo por el que discurría la escalera. Pensó en Rai y en las horas que faltaban para que llegara a Madrid. Aquel reencuentro le causaba más intranquilidad que la visita al mago en aquel inmueble oscuro y extraño.

–Bueno, pues hemos llegado –Amir se dio la vuelta para mostrar una puertecilla azul bajo la cual el cartero podría introducir un ladrillo certificado. Sobre el marco había dos peces azules mirando a una mano abierta.

–¿Nos has traído a una pescadería? –preguntó Sonia con su brutal franqueza.

–Son símbolos para atraer la suerte y evitar los malos espíritus –respondió Amir mientras llamaba con los nudillos.

Una voz femenina respondió al otro lado y la luz se hizo en el lúgubre pasillo. Los ojos negros y brillantes de una joven, vestida con una chilaba, observaron a sus visitantes. Amir animó a sus amigos a pasar y a sentarse en el suelo cubierto de modestas alfombras coronadas por un círculo de cojines. En el centro un pequeño brasero de gas confortaba la estancia. Mientras la mujer pasaba a otra habitación, separada por una cortina, un niño, que estaba viendo una pequeña tele en un rincón, se acercó a los visitantes para hacerles preguntas. No tendría más de cinco o seis años.

–¿Cuál es tu nombre? –le dijo a Zahra. Ella le contestó– Es un nombre árabe. El mío es Asalah.

–Es muy bonito, Asalah.

Luego se volvió a Nico, que permanecía con la antena detectora de peligros en alerta roja, y le hizo la misma pregunta.

–Yo soy Nicolás, pero me llaman Nico.

–Es muy raro tu nombre... –y regresó riéndose con su hermano.

La mujer que los había recibido volvió con una bandeja de té y unas pastas. Resultaba extraño recibir aquel agasajo en un lugar tan humilde. Amir les explicó la importancia que tenía la hospitalidad en su cultura, por encima de las necesidades. Era preferible no cenar ese día a no atender debidamente a un huésped.

El niño se levantó a una indicación de su madre acercándose a encender un incensario que había frente a la ventana, quizás para calmar el ambiente cargado que amenazaba con indisponer a Sonia, sin imaginar que aquella nueva mezcla de olores resultaría aún más molesta para la nariz exclusiva de la mejor amiga de Zahra: –Por Dios, ¿quieren narcotizarnos o algo así?

–Tranquila Sonia, es sólo algún tipo de hierba aromática– dijo Nico procurando que Amir no se diera cuenta de la incomodidad de la chica.

Transcurridos unos minutos, en los que Amir y la dueña de la casa hablaron en árabe de sus cosas, y los demás se entonaban con la tibieza del té caliente observando atentos la austera habitación, un chico desgarbado asomó tras la cortina e invitó a Amir y a los demás a seguirlo. Los cuatro se levantaron y vieron con perplejidad como dejaban el piso y retornaban a la pegajosa escalera. Aunque se suponía que estaban en la última planta, una falsa ventana daba paso al entresuelo, una especie de palomar repleto de viguetas, de madera roída y reforzada con yeso, iluminado por una bombilla que, según Nico, fue de las primeras que patentó Edison. Caminaron unos metros encorvados hasta atravesar el falso techo de punta a punta. Al final los aguardaba un último recodo desde el que llegaba otro aroma de los que le gustaban a Sonia. Hacía cada vez más frío. El joven le dijo algo a Amir y regresó por donde habían entrado.

–¿Y ahora? –preguntó Zahra.

–Es ahí –dijo Amir señalando una cortinilla iluminada por la luz interior–. Esperádme aquí.

Amir se acercó al lugar y penetró dentro. Los tres amigos se interrogaron con la mirada.

–Creo que algo vivo me ha rozado la pierna –exclamó Nico preocupado.

–Pues si está vivo, has tenido suerte –añadió Sonia–, porque esa paloma del rincón ha muerto de hambre o de algún rito vudú. ¡Qué asco!

–Callaos los dos, por favor. Tenemos que confiar en Amir. Por eso hemos venido, ¿no?

–Creo que mi vacuna del tétano caducó hace un año y no la renové –comentó Nico pensativo.

–Pues procura no clavarte alguno de estos hierros oxidados, criatura, que todavía tienes que curarme del sortilegio que me hiciste. Luego ya te mataré yo misma con estas manitas.

–Eres una borde.

–Y tú un aprendiz de brujo, como Mickey Mouse, que no sabe ni manejar una escoba sin provocar un cataclismo.

–De verdad, sois patéticos.

–Gracias Zahra, yo también te quiero.

Amir apareció de nuevo y se aproximó a ellos. Tenemos que entrar en silencio, sentarnos en círculo y dejar que él hable. ¿Entendido? –Los tres asintieron con expectación.

Sobre el techo de la corrala, en una esquina, donde el tejado había cedido años atrás, se había habilitado una pequeña habitación de forma cúbica con cuatro ventanas, una en cada punto cardinal. Sobre el techo estaban pintadas toscamente las veintiocho mansiones de la luna en un círculo rodeado de caracteres arábigos. En el centro, un recipiente plano emanaba el calor de sus brasas endulzadas con inciensos, izando un humo casi invisible que rodeaba un corazón de piedra verde que permanecía clavado sobre las cenizas. Un hombrecillo de barba blanca muy poblada, de corta estatura y edad avanzada, contemplaba un tablero de madera con cuadrados pintados, muy similar al del ajedrez, pero con mayores dimensiones. Sobre él una bolsita de piel aguardaba en el centro.

Cuando todos estuvieron sentados alrededor de las cenizas, el mago de Lavapiés tomó un frasco de cristal y espolvoreó las brasas, intensificando los efluvios dulzones que tan poco motivaban a Sonia. Los huidizos ojos de aquel anciano se posaron en Nico, el cual tragó saliva cuando vio que su mano huesuda y temblorosa le acercaba la taleguilla del tablero. Amir le susurró que escogiera una piedra de su interior. Lo mismo hicieron Zahra y Sonia. Después el mago tomó las tres piedras, las analizó detenidamente y las devolvió a la bolsa para lanzar todo su contenido sobre el tablero. Como si fuera el campo de batalla tras una jaque mate, las piezas se esparcieron por las casillas, envueltas en una atmósfera nebulosa con destellos que brotaban del brasero. El hombre fijó su atención sobre la combinación resultante y cerró los ojos durante unos instantes.

Luego habló muy despacio, dirigiéndose primero a Nico. Amir iba traduciendo en voz baja: –Si templas tu corazón, dominarás los elementos, la tierra –el mago contempló el exterior por la ventana que daba al sur–, aire –giró la cabeza hacia el este–, agua –oeste– y fuego –norte–. No es un camino sencillo ni tampoco podrás lograrlo sin un maestro. Debes visitar al encantador que te inspiró en tus lecturas y pasar una noche bajo el árbol dorado, junto al Espejo de las Hadas. En los sueños te será revelado tu destino.

La cara de estupefacción de Nico hizo sonreír a Sonia, que se imaginaba a su amigo vestido con una túnica sin saber que hacer con su varita. Rápidamente cambió su semblante al percatarse de que había llegado su turno. Amir intercambió algunas palabras con el mago y comenzó a traducir.

–Tienes una esencia fuerte, poderosa, tanto que eres capaz de atraer a las almas débiles y perdidas. Hace poco te has mostrado tal y como eres, como el agua que se vierte entre las rocas más... ¿Cómo se dice cuando una roca es así muy afilada y profunda?

–Escarpadas –ayudó Nico.

–Vale... Entre las rocas más escarpadas. Serás consuelo para esas almas, pero muchas de sus cargas caerán sobre ti. El amuleto, que te vinculó con una de esas esencias perdidas, deberá ser enterrado en suelo santo y ella desaparecerá. Siempre será así... Tendrás que asumirlo y ser generosa en tu vida–Sonia frunció el ceño ante aquel comentario que sonaba a amenaza–.

Veo también a una mujer, atormentada entre las ruinas de un pueblo muerto. Forma parte de tu familia y espera que un día la rescates de su cautiverio.

–¿De qué está hablando Amir? –protestó Sonia inútilmente ante el gesto claro del cocinero para que se callase y seguir escuchando.

–En tu transitar por el mundo de los muertos deberás protegerte –el mago de Lavapiés abrió un cofre de madera que yacía junto a las cenizas y extrajo una fina hoja de lata del tamaño de una moneda, con la forma de una mano y un ojo grabado en la palma–. La Jamsa, la Mano de Fátima az-Zahra cuidará de ti.

Por último se volvió a Zahra: –Tu destino ya ha sido revelado no hace mucho, allí donde el elemento agua discurre disuelto en sangre. Tienes una cita con tus ancestros en el lugar que fue dictado por las hojas del bosque. El alma que te cuida aguarda allí, protegida entre las montañas, y será ella la que te hable. Pero ten cuidado, alguien quiere tu perdición y su ángel de la venganza te seguirá hasta el final. Su corazón es frío y no se detendrá ante nada –todos miraron a Zahra.

El mago quedó sumido en un profundo letargo provocando un espeso silencio en la habitación. Entonces Amir indicó a sus compañeros que había llegado el momento de irse. La fría oscuridad del entresuelo aguardaba de nuevo al otro lado.

Capítulo 8

En el Corral de San Isidro

Los restos de nieve se ocultaban del aletargado sol que apenas iluminaba los murales de graffiti. En una parcela cuadrada de césped seco un grupo de jóvenes formaban un círculo rodeando a dos de sus compañeros, enfrentados verbalmente en una batalla de gallos, una pelea de improvisaciones en el que se procuraba tumbar al contrario a base de ingenio, descalificaciones y juegos de palabras. La cercanía de la Ermita del Santo y del cementerio del mismo nombre, sirvió de pretexto para bautizar como Corral de San Isidro al pequeño ring de pelea.

Fue allí donde Tarek fue a buscar a Amir para ofrecerle trabajo, el mismo parque donde el joven de origen egipcio acudía aquella mañana con Zahra, Nico y Sonia. Aunque algunas de las palabras del mago parecieron confusas, había quedado muy claro que para liberar a Sonia era necesario colocar las dos fichas de madera del conjuro a la luna en tierra santa. Enseguida Amir recordó la cercanía de varios cementerios al corral de sus habituales peleas, por lo que sugirió ir allí. Nico quiso debatir el concepto de “tierra santa”, ya que aquel era un cementerio cristiano, no musulmán, pero Amir respondió con gravedad que sólo existía un Dios, aunque se lo conociera con distintos nombres.

–¿Son aquel grupo tus colegas, Amir? –preguntó Zahra señalando al grupo que se movía al ritmo del hip-hop.

–Sí, si queréis luego os los presento. Bueno, os dejo. Esperaré allí en el parque. Luego me contáis.

–Gracias Amir –dijo Zahra.

–Hace falta muchas ganas para ponerse con este frío a pegar saltos –comentó Sonia.

–Bueno, vamos a lo importante –interrumpió Nico–. Repasemos el plan... La entrada al cementerio está al final de esta calle. En principio no creo que nos pongan problemas, pero si nos preguntaran que a dónde vamos tenemos que decirles que deseamos visitar el Panteón de los Hombres Ilustres...

–...Que es donde están Larra, Espronceda, Rosales –añadió Zahra mirando seriamente a Sonia, que parecía muy ausente.

–Eso es. Luego buscamos un rinconcito para enterrar las fichas de madera y nos vamos. ¿Alguna otra cuestión?

–Sí –dijo Sonia–. Yo no entro ahí.

–¿Por qué? ¿Qué te pasa ahora? –preguntó impaciente Nico.

–Estoy temblando... –La joven miró a través de la puerta de metal cerrada que dejaba ver centenares de tumbas y nichos que se perdían a lo largo del recinto.

–Yo también estoy helada, Sonia, pero...

–No lo comprendéis, ¿verdad? Noto como si estuviera, no sé, tocando cada una de esas tumbas y percibiendo la muerte a través de las yemas de mis dedos –su rostro estaba descompuesto.

–¿Por qué no te vas con Amir? –Zahra sujeto sus manos heladas–. Nosotros podemos hacerlo solos, ¿verdad Nico?

–Esto... Claro, vete con Amir –la imagen de Sonia rodeada por un grupo de maromos cruzó traicioneramente por la imaginación de Nico, pero como este se sentía responsable de lo sucedido no puso objeción.

–¿De verdad no os importa? –Zahra abrazó cariñosamente a su amiga–. Genial, allí os espero.



El ascenso por la pista de entrada al camposanto supuso una experiencia sorprendente. A la izquierda, un extenso armazón de hormigón, con aspecto de ser el aparcamiento de un centro comercial, albergaba multitud de lápidas coronadas por cruces, colocadas en paralelo en la semioscuridad, como si fueran los vehículos abandonados por unos dueños que se perdieron con sus carritos de la compra para siempre. A la derecha, unos hangares tenebrosos dejaban vislumbrar más tumbas hacinadas como enseres de un trastero maldito. Zahra y Nico se miraron sorprendidos sin pronunciar palabra alguna, recordando la presencia de seres humanos en aquellos monstruos de cemento y metal. Afortunadamente, unos metros más arriba, los aparcamientos daban paso a patios al aire libre que recogían el

tímido calor que se colaba a través de las nubes. Tras coronar la ascensión al cementerio, una reja verde dio paso a la zona señorial y más antigua del cementerio. En otra puerta más amplia, un grupo de dolientes aguardaba la llegada de un cortejo fúnebre.

–Esto lo hago por Sonia –dijo Nico según cruzaba la verja–. Sé que toda la culpa es mía y que me corresponde a mí reparar este entuerto. Por eso te agradezco tanto que me acompañes, Zahra.

–Como siempre, ya sabes –le guiñó un ojo.

El panorama cambió por completo. Esculturas, ángeles custodios, flores... En la muerte también existían las clases sociales. Un cartel que señalaba la dirección donde se encontraba el Panteón de Hombres Ilustres les hizo tomar la vereda de la izquierda, donde una mujer enlutada llenaba un jarrón de agua en una fuente, sentada con dificultad en una escalera plegable que yacía atada con una cadena a un tronco. Otras muchas escaleras oxidadas, algunas de ellas abandonadas, permanecían abrazadas a los árboles cercanos a los nichos.

Nico y Zahra siguieron hacia un emplazamiento superior, donde la calidad de los ornamentos hacía pensar que se encontraban en la zona más rica. Un gato se acercó a ellos con gesto amenazante, como si se dispusiera a defender su territorio.

–Podrías haberte traído a Avalon para que nos sirviera de intérprete. Bueno, ¿qué hacemos? Todo está cubierto de cemento y grava. ¿Dónde se supone que vamos a enterrar los amuletos?

–No sé, Nico. Si no encontramos un lugar adecuado se pueden poner al pié de un árbol...

–Mira, ese círculo de lápidas en abanico debe ser el famoso panteón –Nico recorrió de un vistazo los nombres–. Larra, Espronceda, Jerónima Llorente, Antonio Vico... Este no me suena mucho, pone que era un actor.

–Ni idea. La verdad es que esperaba algo más impresionante, como un monumento o algo así.

–Zahra –Nico señaló a un pasillo oscuro de nichos–. Allí había un tipo observándonos. Al verlo se ha escondido.

–No digas tonterías. Este lugar ya de por sí impresiona como para que me andes con bromitas de ese tipo.

–Te lo juro.

–Bueno, vamos hacia la entrada, que estamos muy lejos – retomó sus pasos hacia la salida del patio.

Cuando cruzó cerca del sitio donde Nico había notado que estaban siendo espiados, Zahra se detuvo en seco. A su lado una cruz de mármol, a la cual le habían arrancado una placa dejando la huella centenaria en su vientre, marcaba dos tumbas sin nombre que en su momento debieron pertenecer a alguien importante. Posiblemente se tratara de un traslado a otro cementerio. Una de ellas tenía la lápida levantada y apoyada en la otra, dejando ver el interior.

–¿Qué haces, Zahra?

–Voy a asomarme.

–¿A asomarte? ¿Para ver un cadáver? –exclamó Nico asustado mientras ella se inclinaba hacia la fosa–. ¿Qué hay? –preguntó temiendo recibir una respuesta evidente.

–Bloques de ladrillo, malas hierbas y... –se volvió rápidamente hacia su amigo levantando los brazos– ¡Muertos, muchos muertos! –Nico gritó asustado ante la broma de Zahra.

–¡No ha tenido gracia! ¿Sabes?

–Perdona –Zahra no paraba de reír–. No hay nada. Creo que hemos encontrado nuestra sepultura para tus amuletos.

–Yo ahí no me meto ni harto de vino –Nico se fijó en los escombros y plantas que milagrosamente pugnaban por crecer por el único rincón que se encontraba bendecido por la luz.

–No hará falta. Tiramos la ficha y la cubrimos con grava. Con eso bastará.

–Vale. Yo soy el culpable y yo lo haré –Nico se acercó a la fosa y dejó caer las dos fichas arrimadas a la pared, para que fuera más fácil cubrirlas–. Vamos a por las piedras.

–Fíjate allí –Zahra señaló la presencia de la silueta de una hormigonera asomando por un pasillo de nichos–. A lo mejor hay más materiales de construcción.

–Es verdad, espera... –Nico se fue hacia allí y regresó al poco tiempo con la sonrisa en los labios–. Hay mucha arena –le mostró a Zahra la que llevaba en sus manos y la lanzó sobre el hueco donde reposaban los amuletos. Luego fue a por más.

Cuando Nico hubo terminado, ambos se alejaron de la fosa, mirando a todos lados por si alguien los hubiera visto. Entonces fue cuando Zahra se detuvo en seco.

–Tenías razón, Nico. Había alguien por aquí –y señaló una silueta vestida con chaqueta de cuero que permanecía de espaldas a ellos al otro lado del patio, contemplando una tumba con una escultura de una mujer que velaba a su esposo moribundo.

El hombre tenía el pelo totalmente rapado y los brazos echados a la espalda. Parecía imposible, pero Zahra estaba segura de conocer a aquella persona.

–Nico, no puede ser él...

–¿Quién? –El rostro descompuesto de Zahra no presagiaba nada bueno.

Entonces aquella sombra petrificada recobró la vida, girando lentamente hacia ellos, mostrando unas grandes gafas de sol que reflejaban decenas de cruces como una amenaza. Su sonrisa se abrió, y en una de sus manos se estiró el dedo índice como si evocara una pistola fantasmal. La mano simuló un disparo hacia ellos y se recogió de nuevo. No hizo falta nada más. Zahra reconoció a Martín en aquel espectro que retornaba de sus pesadillas en una cueva de la sierra sevillana.

–¡Corre Nico! ¡Corre! –El chico no entendía nada, pero nunca había visto a Zahra tan asustada desde que fuera atacada en Glastonbury, por lo que salió disparado tras ella en dirección a la hormigonera.

Aquella gruta cubierta de nichos hasta el techo era una ratonera. La salida estaba cerrada con un panel de madera. Nico tomó una pala, que había para mezclar el cemento, y la sostuvo como si fuera un bate de béisbol. Emboscados en la negritud del túnel se sabían en ventaja ante el sicario, salvo que este estuviera armado.

–Hay que llamar a la policía –susurró Nico.

–¿Y que les decimos? Que estamos en un cementerio rompiendo un hechizo y que un calvo con mala leche nos ha mirado. Espera un poco, que lo mismo han sido imaginaciones mías y ese hombre sólo estaba visitando a su abuela.

–Yo por si acaso... –Nico desbloqueó el móvil y su tenue iluminación les mostró una canastilla con huesos procedentes de algún saneamiento del osario-. ¡Mierda!

–¡Joder, qué susto! –dijo Zahra ante la calavera que los observaba con gravedad-. Vamos a tranquilizarnos. Mira, según se sale a la vuelta hay otro patio. Saldremos corriendo hacia él y veremos si hay alguien, porque aquí encerrados estamos perdidos si nos encuentra, pero no creo que se atreva a hacernos nada a plena luz del día. Además, con un poco de suerte nos topamos con el entierro de antes. ¿Te parece bien?

–De acuerdo. A la de tres...

–Una...

–Dos... –Ambos se miraron asintiendo.

–¡Ahora! –Salieron disparados, pateando en su carrera los huesos, provocando un sonido similar al de una bolera de juguete. Cuando iban a alcanzar la luz, una enorme sombra los eclipsó.

–¿Qué coño estáis haciendo?



Las carcajadas de Sonia, Amir y el resto de jóvenes solapaban la música en el corral. La historia del sepulturero que había pillado a Zahra y a Nico jugando con unos restos humanos en el cementerio, no tenía desperdicio. Con la fuerza de un gorila los agarró por los brazos y los sacó a trompicones de allí, jurando por todos los muertos de allí –ya es jurar– que si los volvía a ver husmeando por el cementerio los radiografiaría sin rayos-X y los depositaría en el osario más putrefacto que hubiera.

A pesar del buen humor de todos, parecía evidente el disgusto de Zahra por lo acontecido, por lo que uno de los chicos del corral le entregó a Amir un viejo micrófono inservible y le guiñó un ojo. El cocinero miró a Zahra y conectó la música:

–Yeah, estás sorprendida por tu aventura, pero los muertos no salen de sus fosas, tan sólo murmuran y hablan de sus cosas. Bien está esa sonrisa, olvida la amargura, y presta atención a mis frases ingeniosas.

»No des patadas a las calaveras, que, por suerte, de óbitos de faraón, de la muerte, y sus tránsitos, sé mogollón. Ellas soñaban con banderas piratas, nunca quisieron ser la casa de un ratón

Jonathan, el líder del grupo, negó con la cabeza, se puso sus gafas negras, señaló a Sonia, para brindarle la respuesta, y tomó el micrófono de Amir.

– Fácil, me lo han puesto a huevo, rapear con una momia polvorienta, rastrear su aroma me revienta, ágil te contesto, me atrevo. Restregada queda mi afrenta.

»Tú, el que enciende los fogones, no pienses que los pantalones me bajo, entiendes que hace una rasca del carajo, y me tienes hasta los cojones; pero una virtud te reconocemos, al menos, a pesar de tu ineptitud, sabemos, que estas chicas, con las que te relacionas, más que ricas, están realmente buenas–
Jonathan le tiró el micro a Sonia, que se lo estaba pasando bomba, y saludó a la concurrencia. La cara de Nico era de lo más expresivo.

Sin embargo, Zahra continuaba con el pensamiento ausente. No le hacía ni pizca de gracia la certeza de haber reconocido a Martín en el tipo del cementerio. Por mucho que Nico intentara convencerla de que sólo era una cuestión de parecidos, surgidos en una atmósfera bastante inquietante, ella aseguraba que era él. Para colmo, al día siguiente llegaría Rai a Madrid, lo cual explicaba que sus recuerdos de Albaidalle estuvieran tan frescos esa mañana.

Mientras una nueva batalla se iniciaba en el parque, Martín observaba la escena sentado en un banco emboscado en un cerro cercano.

–¡Vaya, vaya! Nuestra niña se relaciona con lo mejor de la sociedad. Se la ve entretenida entre moros y panchitos. Mejor para ella –arrojó el cigarrillo al suelo, se subió el cuello de la chaqueta y se alejó de allí.



Los ojos de Avalon brillaban en la oscuridad de la habitación observando atentamente a su dueña chateando en el ordenador, una fuente de luz que intrigaba al gato.

–...No sé tía, a mí me parece mono.

–Pues yo no pienso decirle a Amir que nos lleve de nuevo al corral. Eso es cosa tuya.

–Claro, como tú estás pendiente de tu sevillano...

–No es mi sevillano, sólo es un amigo.

–Un amigo, sí claro... Por eso esta tarde has ido a cortarte el pelo y te has comprado ese jersey rojo. ¡Venga ya! A otra podrás engañar, pero no a mí, reina.

–Está saliendo con otra chica.

–¡Oh, sí! ¡Pobrecito! Se habrá comprometido con su novia, a la que ha jurado castidad eterna. Te crees que me chupo el dedo.

–Bueno, ya veremos. ¿Vendrás a conocerlo?

–A mí no me metas de carabina... Si quieres podemos “coincidir” unos minutos, ya sabes, por aquello del morbo. Además, me encanta verte colorada cuando estás por un tío.

–Te estás vengando por lo de Glastonbury...

–Descaradamente.

–Mira que hablamos de Jonathan y de Nico...

–Mi madre me está berreando que apague el ordenador.

–Sí claro, ahora cambia de tema.

–Mañana hablamos, Zahra. No olvides apuntarme en la carta de Reyes.

–Como ya no tienes edad para Barbie, le pediré a Melchor que te traiga el maromo con gorra, el de los ripios espantosos.

–Muy ocurrente tía. Me parto.

–Una que lo vale. Adiós Susanita.

–¡Hasta mañana, Susanita!

Capítulo 9

Te dije que no te olvidaría

Caminar por el centro de Madrid se había convertido en una verdadera gincana, esquivando a la gente agobiada con los encargos para los Reyes Magos del último día. Nico y Zahra estaban inmersos en la suicida misión de hallar un videojuego para David, de nombre impronunciable, pero relacionado con un universo apocalíptico tras la autodestrucción del planeta Tierra por el calentamiento global, la falta de energía y un meteorito a modo de guinda final.

–Hay que joderse con los niños de hoy –comentó Nico tras darse de bruces con una abuela kamikaze que se lanzaba a por una muñeca–. Piden unas cosas de lo más violento. El acabose, vamos.

–¡Anda! No me hagas recordarte cuando te echaron el disfraz del malo de Star Wars e ibas por la casa dando mamporros con la dichosa espadita.

–Bueno, todos tenemos un borrón en el expediente. No olvides que siempre me pedía libros, algún juego de química y...

–Ya... Mira, este es; vámonos de aquí antes de que nos llenen de moratones.

Tras lograr escapar indemnes de las compras, los dos amigos hallaron refugio en un burger plagado de adultos exhaustos que, abrazados a sus bolsas, vigilaban a sus vecinos de mesa con mirada desafiante, dispuestos a matar a quien osara arrebatárles cualquiera de sus trofeos de caza.

–¿Sabes una cosa Nico? La festividad de los Reyes pierde gran parte de su magia cuando dejas de ser niña –dio un largo sorbo a su refresco.

–Bueno, yo creo que simplemente es distinto. Sin ir más lejos, tu regalo viene en tren en lugar de camello –sonrió con picardía.

–Hemos quedado a las cuatro. Estoy muy nerviosa.

–¿Por qué? Él está saliendo con la chica esa...

–Ángela.

–...Pues eso, tómatelo con naturalidad. Un amigo pasa por Madrid unas horas y quiere saludarte. No es tan grave.

–Sí lo es. No sabré como comportarme ni qué decirle.

–¿Todavía te gusta?

–No lo sé. Ya han pasado cinco meses desde aquello. Supongo que cuando lo vea lo sabré.

–Creo que llevas razón con lo de abandonar la infancia. Antes era todo mucho más sencillo.

Ambos quedaron sumidos en silencio, desviando la mirada hacia un niño que aporreaba un juguete que le habían

regalado con el menú infantil. Los padres parecían ignorar su contumaz determinación de descabezar al muñeco. Entonces retomaron la conversación al unísono, riéndose ante la casualidad.

–Tú primero, Zahra.

–No, tú.

–Pues eso, que hace unos años éramos más felices.

–Se lamenta el corazón herido. ¿Te acuerdas aquel día que en tutoría tratamos sobre los síntomas de la adolescencia? – Nico asintió–. Aún recuerdo lo bien que hablaste... Me llamó la atención cómo nuestro humor y emociones variaban tanto de un día para otro. Lo que hoy es negro mañana será blanco.

–Es que llevo muchos días de un negro carbón que voy a dejar a sus majestades sin existencias para mañana.

–Ten paciencia. Al menos pudimos arreglar lo de los talismanes.

–¿Estás segura?

–Anoche en el chat me comentó que se encontraba más tranquila y que no había vuelto a marearse.

–Aún es pronto para saberlo.

–Mira que eres cenizo, majo...

–Por cierto, no se me va de la cabeza lo que nos dijo el anciano.

–Vas a ser un gran mago –tomó una patata frita a modo de varita mágica y la agitó ante el rostro circunspecto de Nico–. Ahora debes encontrar a tu maestro.

–Me llamó la atención esta frase que me dijo: *debes visitar al mago que te inspiró en tus lecturas*. Desde pequeño me han entusiasmado las historias sobre Merlín el Encantador, por aquella película de Walt Disney que me regaló mi abuela. Quizás sea ese maestro que necesito y deba buscar libros que traten sobre él.

–Tenía entendido que no es más que un personaje literario.

–Bueno, sí, pero basado en algunos magos reales, aunque distantes en el tiempo. Se puede decir que Merlín forma un conglomerado de varias historias.

–Investígalo...

–Quizás esta noche lo haga mientras vienen los Reyes. También quiero insistir con el mensaje de las matemáticas que Sonia y el viento escribieron en Glastonbury. Estoy convencido de que esa es tu revelación –Zahra esbozo una tierna sonrisa hacia su mejor amigo–. Él dijo que fue hecha *allí donde el elemento agua discurre envuelto en sangre*.

–Sí, puede que lleves razón y se refiera al Jardín del Cáliz.

–Lo que pasa es que ya lo he probado todo y no tiene sentido nada de lo que pone.

–Si realmente esa inscripción fuera un mensaje, ¿en qué lengua estaría escrito? ¿En matemáticas? No lo creo.

–Lo lógico sería que usaran la propia del lugar, el inglés.

–O un inglés más primitivo, ¿quién sabe?

–Ya te contaré.

–Se nos hace tarde. ¿Nos vamos?

–Vale.

Zahra y Nico caminaron, cogidos del brazo hasta el Hatshepsut, inmersos en sus pensamientos. Años atrás la única certeza que tenían en un día como ese era la cercanía de la gran noche de la ilusión; pero en aquella víspera de Reyes sus deseos parecían alejarse hacia un horizonte muy lejano, por donde los sueños de los niños ya no volarían como globos de colores en un cielo perfecto.



Parapetada tras el abeto de navidad del hall del hotel, Zahra escrutaba a cada una de las personas que salían del ascensor o descendían por la escalera, como si el poco tiempo transcurrido fuera suficiente para volver a Rai irreconocible. La aventura en la cueva del senet, la excursión absurda en la que David cayó por el pozo, el botellón con la pandilla del Homo-Etílicus y, dominando cada uno de sus recuerdos, el beso en la casa de su abuelo. Luego vinieron las cartas, cada vez más espaciadas, y las llamadas al móvil, momentos de ilusión y tristeza a partes iguales, pinceladas breves de un atardecer de verano que se

apagó con el regreso a la realidad. En la primera carta la revelación de la existencia de Ángela, la novia que pasaba unos días en la playa mientras Rai pintaba las paredes del cortijo y espiaba a Zahra tomando el sol. No le dolió, quizás porque era la segunda vez que el chico no se mostraba totalmente sincero con ella. La primera vez casi le cuesta la vida a causa del disparo del hombre de Albaidalle, ese mismo que creyó ver en el cementerio.

El ascensor se abrió una vez más, mostrando a un Rai sonriente, abrigado hasta las cejas, como si en vez de en Madrid estuviera en Siberia. Cuando descubrió a Zahra sentada junto a la recepción, se le iluminó la cara. Ambos jóvenes fueron al encuentro y se detuvieron a unos pocos centímetros, sin saber como saludarse. Finalmente Zahra tomo la iniciativa y propició un largo abrazo.

–Llevas tanta ropa que casi no puedo abarcarte –dijo ella.

–Es que no veas el frío que tengo aquí. Cuando vi en la tele lo de la nieve le dije a mi madre que me comprara este plumas...

–¡Si es que los del sur estáis muy mal acostumbrados! – Se quedaron los dos mirándose con atención–. Echo de menos tu media barba.

–Es que en verano me daba más pereza afeitarme – recorrió a Zahra de arriba a abajo–. ¡Vaya! No mentiste en la carta estás más... Eso, más... Mayor.

–Ya –Zahra se ruborizó un poquito, pero con el calor del hotel apenas se notó–. Bueno, como tú, llevo más ropa.

–¡Ah! Pues será eso.

–Hoy soy tu guía por Madrid. ¿Qué te gustaría ver?

–Esto... ¿Queda muy lejos el museo del Real Madrid?

–¿Cómo es posible que todos los tíos seáis tan predecibles? Intuía que querrías ir. Si no te importa será mejor que decida yo, ¿te parece?

–¡Oye! Que los museos son cultura...

–Que sí tío. Lo que tú digas –y lo agarró del brazo para salir del hotel.

Cruzaron la avenida, ascendieron por la Cuesta Moyano, una calle célebre por sus puestos de libros de segunda mano, y cruzaron la puerta de El Retiro.

–No me jodas... ¿Vamos a ver arbolitos?

–No son arbolitos, como dices. Este es uno de mis lugares favoritos de la ciudad.

–Pues seguro que en el Bernabeu haría menos rasca...

–Para ver copas y patorras puedes darte una vuelta por internet. ¿No?

–Sabes que no tengo de eso. Nunca me ha motivado.

–Pues a ver si se lo pides a los Reyes, que a mí lo de comprar sellos... –Tras recorrer una calle empinada llegaron a

una rotonda—. Fíjate en esta estatua —Rai la observó con algo de indiferencia—. Un monumento al ángel caído, ¿no es flipante?

—¿Por?

—No hay en el mundo otra como esta dedicada al demonio. Además, está construida a 666 metros sobre el nivel del mar.

—Muy curioso... ¿No es ese el número de los satánicos?

—Sí. ¿Recuerdas el Apocalipsis?

—No mucho, pero tengo una amiga que viste de negro y siempre está amargada con esas cosas, porque es románica o gótica, no sé —prosiguieron el paseo hacia el Palacio de Cristal. Luego rodearon el de Velázquez y llegaron al estanque grande, donde el tímido sol invernal jugaba con el agua tranquila.

—Es bonito todo esto. No eres tan mal guía al fin y al cabo —ambos se asomaron a la barandilla. Tan sólo un par de parejas se atrevían a remar en sus aguas.

—Siendo niña mi padre me traía a montarme en las barcas. Me contaba historias increíbles sobre los peligros del río Congo, las cataratas Victoria, el Yukón, el Canal de Suez... Y yo allí, en mi bote de remos, navegando en “El Unicornio” con el Capitán Haddock al timón, sintiendo que el mundo estaba a tiro de vela y que no habría viento traidor ni tempestad capaz de hacerme naufragar. ¿No conoces las historietas de Tintín?

—Algo me suena. El maromo ese del tupé rubio, ¿no? Ese que tenía un perrito blanco...

–Sí. Guardaba todos los álbumes de Tintín en mi habitación de Albaidalle. Me hice una promesa a mí misma, visitar todos los países y tierras lejanas que descubrí en sus viñetas. Tendría que partir del Congo, luego Norteamérica, Egipto, India, China... –Rai movió la cabeza divertido ante las aspiraciones de su amiga–. Acabaría en Sydney y Sudamérica.

–Eres grande, Zahra. Y yo entusiasmado por visitar Madrid. Para todo eso que quieres ver necesitarás ganar mucho dinero y ahorrar muchos años –un grupo de patos se acercó a ellos esperando que cayera algo que llevarse al pico.

–Este año termino la ESO. Luego dos años de bachillerato y a la universidad. Allí pediré una beca Erasmus para estudiar fuera de España. Quizás conozca a algún chico y prolongue mi estancia allí –le hizo un gesto pícaro a Rai, que la observaba con admiración–. Luego buscaré trabajo en algún lugar muy alejado de Madrid.

–Pero si, pongamos el caso, te enamoras y quieres formar una familia, no sé... Tendrías que aterrizar y aparcar esos sueños.

–Si encuentro a ese alguien y decido compartir mi vida con él, seguro que será tan inquieto como yo.

–Pues yo no aspiro a tanto.

–Venga, cuéntame tus planes –Zahra lo cogió por la cintura para seguir caminando. Hacía mucho frío para estarse quietos.

–Mi amigo Antonio es albañil y tiene echado el ojo a un almacén, a la salida del pueblo. Hemos estado meditando sobre un negocio.

–¿Cuál?

–Montar una empresa de reformas. Necesitaremos más personal, pero todo es cuestión de empezar. Mi padre no puede seguir así y cada vez trabaja menos, así que me toca a mí llevar dinero a casa. Luego me casaré –miró significativamente a su amiga para estudiar su reacción – y tendré dos o tres Raimunditos. Si todo prospera me compraré un abono para el Ave y otro para el Bernabeu, para venir a ver al Madrid cada finde, ya que tú no me has dejado ir hoy –Zahra le dio un buen manotazo a modo de protesta.

–¿Y qué tal con Ángela? ¿Entra ella en tu cuento de la lechera?

–Nos conocemos desde niños, Zahra. Siempre ha estado conmigo...

–No suena muy romántico.

–Según lo mires. Es una gran chica, ¿sabes?

–Pero, ¿la quieres?

–Claro –el tono no parecía muy convincente–. ¿Cómo no la voy a querer? Es mi novia –se hizo un espeso silencio según caminaban hacia la Puerta de Alcalá.



Un día de julio dos cometas levantaron el vuelo sobre la sierra de un pueblecito de la provincia de Sevilla. Una de ellas se izaba sobre un cortijo, sin cordel que la atara al suelo, iniciando una despedida de la infancia escenificada en el desmantelamiento de la vida de su abuelo, recuerdo a recuerdo, como lastre emocional que se sacrifica para asomarse al viento del tiempo y perderse a gran distancia de allí.

La otra cometa se agitaba con brusquedad, enraizada a los cimientos de una existencia planificada desde el instante que renunció a beber la libertad, manantial fresco y esquivo, honrando a su padre y arrinconando para siempre la amistad de los libros.

Aquellos dos pedazos de tela, azotados por el aire cálido del verano, se entrelazaron, pugnando por liberarse, poniendo a prueba la elasticidad y la flexibilidad de sus estructuras. Unidas resistieron la mayor de las pruebas, sin darse cuenta que una sola cuerda no puede sostener a dos cometas a la vez.

La llegada del invierno curó las heridas de las nubes, que la danza multicolor de las cometas arañó enamorada, dejando unas cicatrices blancas que se confundieron con la nieve recién caída en el año nuevo.

–Rai, te dije que nunca te olvidaría –el rostro del muchacho se iluminó.

–Es lo que me pasa con las mujeres, que dejo en ellas huellas eternas –estalló en risas mientras Zahra lo observaba

procurando adivinar los dictados de su corazón. Luego lo cogió de la mano y salieron del parque.

–¿Sabes? En la Cibeles hay un autobús que nos lleva al Bernabeu. Aún estamos a tiempo. ¿Todavía quieres ir?

–Tía, eres increíble, te agradezco un montón que...

–Mejor cállate y no me des coba, que para pelotas las que vamos a ver ahora, monín. Eso sí, luego quiero que vayamos a la cabalgata de los Reyes, para que conozcas allí a mis amigos Sonia y Nico.

–Hecho –y se estrecharon las manos para sellar el contrato.

Y así los dos jóvenes se alejaron de El Retiro, dejando tras ellos a las dos cometas separándose en la bóveda perlada del Madrid invernal.

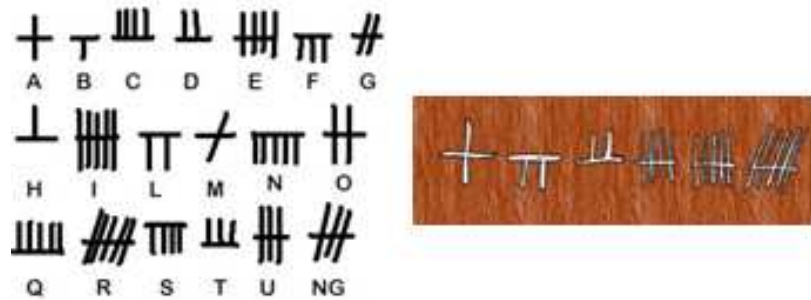


La referencia del Mago de Lavapiés al lenguaje de las hojas de los árboles, y la probable relación con el Cáliz Sagrado, sirvieron de acicate a Nico para asaltar de nuevo el enigma del código de Sonia, aquellos caracteres de aspecto matemático que trazó junto al brocal del pozo y que el viento dibujó sobre lo que fuera el corro de las hadas en Glastonbury.

Con aquella nueva información no le fue difícil acceder en internet al alfabeto ogham de los druidas, una serie de signos basados en la naturaleza que podían relacionarse fonéticamente con algunos sonidos del latín y de ahí a otras lenguas derivadas,

en lo que parecía más un divertimento que una traducción coherente.

Editó en la pantalla la fotografía de la inscripción de Glastonbury y comenzó a buscar la equivalencia de las letras. El corazón le dio un vuelco al comprobar que la traducción obtenida, aunque desconocida, quizás no careciera de sentido.



La palabra oculta durante aquellos meses era “aldeir”. El prefijo “al” era un artículo muy usado en la lengua árabe, presente en muchos topónimos españoles. Como sabía por el mago que estaba buscando un lugar, quizás se tratara de alguna ciudad. Rápidamente introdujo “aldeir” en el buscador de mapas y encontró dos referencias en Brasil y Perú con poca relevancia turística o cultural. La excitación inicial se desvaneció prematuramente, pero no se desanimó. Activó la pestaña de fotos para ver si aparecía alguna imagen interesante, y entonces llegó la sorpresa: sólo faltaba el guión para obtener la palabra Al-Deir.

El llamado Monasterio de Petra era una imponente construcción tallada en la roca, similar al mundialmente conocido Tesoro, pero oculto entre las montañas y accesible tras una caminata con ochocientos escalones. Para muchos la peregrinación desde el valle nabateo hasta la cima del

Monasterio era como dirigirse al fin del mundo. Tenía que ser allí, un emplazamiento ideal para recibir una revelación.

Nico envió un correo a Zahra con toda la información, para que, tras el regalo de la visita de su amor de verano, recibiera otro adelanto de los Reyes.

Tras la euforia inicial, llegó la calma. El descubrimiento del secreto de Al-Deir era una prueba más que evidente de que algún ente, espíritu o fuerza de la naturaleza, con facultad de razonamiento, era capaz de penetrar en el alma y vincular las emociones con otras realidades difíciles de comprender. Si constatar algo así ya suponía para Nico un fuerte golpe a sus creencias, la capacidad de un anciano, escondido en una estrecha torre en un barrio popular de Madrid, para unir un mensaje con su destinataria, lo animaría a conocer los cuatro elementos que el mago nombró en su sesión, para ser capaz de dominarlos como él profetizó.

Nico corrió a por la escalera de mano y subió al altillo de su habitación. Allí, entre viejos tebeos infantiles y algunos juguetes, sonrojantes para el historial de un adolescente, anidaba entre polvo el libro sobre Merlín que su padrino le compró el día de su primera comunión. Si se trataba de percibir el mundo desde otro punto de vista, empezaría por recuperar la mirada de la infancia que tan rápidamente estaba abandonando en los últimos años.

Capítulo 10

La venganza de Martín

Los automóviles atravesaban el Paseo de la Castellana emulando un juego de pistas de slot, superándose unos a otros por todos los carriles y volcando sus frustraciones del día en la identificación con el célebre campeón de la Fórmula 1. Rodearon la glorieta de Castelar, pisándose unos a otros el trazado, hasta toparse con un inoportuno semáforo. Entrada en boxes. Un niño, cuya estatura apenas le valía para contemplarse en un retrovisor, ascendió con suma pericia al capó de un coche de alta gama, para lustrarle el parabrisas y el monedero al afortunado piloto. Tras un sinfín de improperios y amenazas del conductor, ducha de líquido limpiador incluida, el avisado crío logró dejar el cristal de un emborronado de lo más aparente, lo cual significaba una factura de al menos cincuenta céntimos. El poseedor del bólido argumentó que no se llamaba Rita y que ya le pagaría la susodicha, a lo que el mocoso contestó sacando un diminuto destornillador de la manga y apuntándolo hacia la puerta, ofreciéndole al avaro cliente un recuerdo a modo de autógrafo grabado en la brillante pintura, algo así como *cuando yo trabaje para Ferrari, y sea muy famoso, esta firma indeleble en tu portaegós valdrá unos miles de euros, así que afloja la pasta gansa si no quieres que, según salga la bandera a cuadros, te*

obsequie con un recuerdo para la posteridad, y así no me olvides cuando hables con el seguro o con la periquita de turno que lleves en tu buga. Mano de santo. El aludido soltó lo primero que tuvo a mano, que fue un euro, y pisó el acelerador insultando al jodío crío y mentando la madre del ponente de la Ley de Extranjería.

A la derecha del chantajeado, Martín observaba la escena muy divertido desde el asiento trasero de un taxi. Ordenó al chófer detenerse por allí cerca y se acercó al semáforo. El niño aguardaba a la siguiente oleada de chanchitos motorizados junto a su hermana o madre, ya que al tratarse de una mujer joven, pero algo envejecida, no estaba muy claro el papel de cada cual. Se acercó a ella y le hizo una oferta interesante, equivalente a una semana de trabajo. La que resultó ser la tía del niño lo miró con desconfianza, pero cien euros era un dinero considerable.

–Veinte euros ahora y ochenta al acabar.

Martín había escuchado una conversación de Zahra y su madre, gracias al ratón grabador que había logrado que se colocara en el despacho de la dueña del Hatshepsut.

–¿Rai? ¿Tu amigo de Albaidalle? –Marta evocó el hospital, las diligencias de la policía, el accidente de la cueva y la relación del muchacho con el hombre que intentó robar el senet. Rai siempre estuvo ahí.

–Está de paso en Madrid y he quedado con él. También con Sonia y Nico, claro –verdad relativa, ya que la cita con los

amigos sería de lo más breve-. Luego cenaremos por el centro y por eso llegaré más tarde a casa.

-Ya... -Marta miró a su hija de arriba abajo, procurando adivinar más lo que escondía que lo que contaba-. Bueno, pero cuando vuelvas no despiertes a tu hermano. ¿De acuerdo? -Zahra asintió satisfecha-. ¿Dónde vas a cenar?

-Le he dicho a Nico que nos esperen en el Palacio de Linares a eso de las ocho, así que seguramente iremos a algún lugar de Chueca -el rostro desconfiado de Marta animó a Zahra a tranquilizarla-. Mamá, con lo de la cabalgata estará todo lleno de gente.

-Vale, pero me llamas desde allí para que yo sepa por donde paras.

-Gracias -y le estampó un sonoro beso antes de irse para casa.



Tarek Moawad cerró la puerta del piso y se dirigió por la oscura calle hacia el restaurante. Llevaba con él una bolsa de regalos, los primeros que compraba en su vida para celebrar aquellas fechas. En los meses que había pasado junto a Marta y sus hijos se había convertido en uno más, desterrando la mala imagen que se había forjado de la nuera de su patrón durante muchos años, para ahora apreciarla de corazón y compartir con ella todas las preocupaciones inherentes a la puesta a punto de un negocio en plena crisis económica.

Al llegar a la puerta del Hatshepsut, vio que estaba cerrada, pero que al fondo se vislumbraba la luz encendida del despacho de Marta. Sacó la llave para entrar y entonces notó que no estaba solo. Una sombra le asió del brazo a la vez que le colocaba el frío cañón de una pistola en el cuello.

–Vaya, vaya. Si es mi amigo el moro –la reconocible voz áspera de Martín martilleó la memoria de Tarek–. No hagas tonterías, porque primero te avió a ti y luego a tu “amita”, porque sigues siendo un esclavo de la familia, ¿verdad? No, no me contestes. Pasa y dame la llave –Tarek obedeció y mostró el llavero al sicario–. Así me gusta, colega, que seas razonable.

Avanzaron hacia el despacho y le hizo un gesto a Tarek para que llamara a la puerta. Marta estaba acostumbrada a que tanto su hija como él lanzaran una voz cuando entraban con la llave, por lo que se llevó un buen sobresalto, y más cuando surgieron del comedor las dos figuras unidas por un arma de fuego.

–¿Qué esto? ¿Qué ocurre? –Marta se levantó rápidamente.

–Vengo a hacerles una visita de cortesía. ¿No pensaban invitarme a cenar en este antro? –Tomó a Tarek por el hombro para que se sentara y movió la pistola de arriba abajo para indicarle a la madre de Zahra que hiciera lo mismo–. Buenos chicos, sí señor. Lo que les decía, no sé cómo será la comida, pero la decoración es flipante, de veras. Han trabajado ustedes muy duro aquí. Sería una pena tener que quemarlo.

–¿Qué pretende? –preguntó Marta.

–Sin embargo, sin despreciar su museo de cartón piedra, echo algo de menos entre toda esa quincallería egipcia –le dio una colleja a Moawad–. ¿Dónde está el puto senet? –Entonces Marta lo comprendió todo. Recordó la descripción de su hija sobre el atacante de Albaidalle y descubrió al instante que aquello no era un robo cualquiera, sino más bien un acto de venganza, por lo que afrontaban un peligro considerable–. No, no hace falta que me respondan, está en el museo. Aunque sé que ahora mismo lo darían todo por tenerlo, y entregármelo con un lacito, zanjando así el asunto. Entiendo que está complicado eso de llamar al arqueológico y explicarles que todo ha sido un error, así que voy a ser comprensivo y me conformaré con una compensación por el daño causado y las molestias.

–Sólo tengo unos cuatrocientos euros en efectivo. Tómelos y déjenos, por favor –suplicó Marta.

–Me parece que no lo ha pillado –Martín mostró su rostro más feroz–. Por culpa de su hija, y del niño del pueblo, las he pasado muy putas, ¿sabe? –De repente Marta recordó que justamente en aquellos momentos Rai se encontraba con Zahra, una terrible casualidad que, de ser descubierta por aquel matón, pondría en peligro a ambos. Confiaba en que él no lo supiera –. No quiero su dinero, sino algo que sea más apreciado en el mundo en el que me muevo.

–Dígame lo que quiere y se lo daré.

–El mapa de Maslama –los ojos de Tarek y de Marta se cruzaron sorprendidos–. Ese que guarda en el cajón. ¿Se dan cuenta que están tratando con un profesional? Lo sé todo, y cuando digo todo, es todo –cuando enfatizó la última palabra, lanzó una mirada heladora a Marta, que de nuevo sintió un vuelco en el corazón pensando en Zahra.

Tras entregarle a Martín la caja, este tomó los móviles de sus prisioneros, arrancó el cable telefónico y les ordenó sentarse al fondo del despacho mientras él iba retrocediendo lentamente, portando la pistola y el ratón del ordenador. En aquel momento Tarek sujetó cálidamente la mano de Marta, temiendo que aquello fuera el fin. Sin embargo Martín no deseaba tener ese tipo de delitos sobre su espalda si quería regresar con Menéndez.

–Eso es todo, amigos –simuló morder la pistola como si fuera la zanahoria de Bugs Bunny–. Gracias por vuestro regalo de Reyes –cerró la puerta bruscamente y la bloqueó con una silla.

Apagó la luz del comedor y se guardó la cajita con el mapa. Entonces el gatito Avalon saltó desde la barra del bar y le arañó la cara al ladrón. Martín escuchó el maullido y notó la punzada del dolor y la sangre en su mejilla, pero no iba a perder el tiempo en cazar a aquella alimañita en el día de su revancha.

–Puto gato. Con más tiempo te hubiera cortado los huevos.

Capítulo 11

La noche de la ilusión

En el Corral de San Isidro los espectadores se arremolinaban alrededor de una hoguera para esquivar el frío que descendía desde la sierra. La música surgía de un amplificador conectado a un reproductor de mp3, animando al personal a moverse al ritmo cíclico de la melodía. Amir dio un paso al frente, retó con la mirada a su contrincante, Gato Salvaje, y tomó el micrófono para algarabía de sus colegas: *“Noche de la ilusión en la caravana de regalos, comienza la recepción y la cabalgata de magos, en el lejano cielo una estrella se esconde, duele mi desconsuelo y ella no responde...”*.



Hacía un buen rato que Rai y Zahra se habían ido a cenar. Nico y Sonia se quedaron solos entre el público, contemplando aquel desfile de carrozas y espectáculos dirigido a todo aquel que conservara en su corazón algún rastro del niño que fue. La situación era de lo más extraña, porque ninguno hacía referencia a lo más evidente, que eran dos adolescentes rodeados por cientos de críos que mataban por cada uno de los caramelos que llovían desde el cielo. Nico decidió ser el primero en romper el hielo: –Por allí viene el rey Melchor.

–Genial. Lloraré de emoción –dijo Sonia mientras acariciaba la Mano de Fátima que se había colgado al cuello para estrenarla aquella tarde.

–Ya... –nuevo silencio–. Oye, que cuando quieras nos vamos.

–Estoy bien, de verdad. Pensaba en lo nerviosa que me ponía la víspera del día seis. Ahora también, no creas... En mi cada nos tomamos muy en serio esto.

–Y..., bueno. ¿Qué has pedido?

–¡Bah! Lo de siempre, ya sabes. Bueno, así especial una maleta muy bonita que vi en Sol el otro día, con florecitas y muy fuerte, para el viaje fin de curso. ¿Y tú? –Sonia se volvió a Nico mientras pasaba el rey Gaspar–. Si es que crees en estas cosas. ¡Espera! No me lo digas, la saga de Harry Potter. ¿Verdad?

–Muy graciosa la niña... Para que te enteres, lo que yo quiero queda entre Baltasar y yo.

–Claro, la intimidad es importante vuestra relación.

–Vale. Le he pedido algo que deseo mucho y que hoy por hoy es imposible.

–¿Tan caro es?

–No tiene precio –y miró a Sonia con los mismos ojos enamorados del día del Tor. Ella se dio cuenta al instante y retomó la atención en la cabalgata.



“...Maldita sea la sociedad, no es oro lo que brilla, y bendita sea la suciedad, donde lloro por mis pesadillas. Aunque imaginé mi vida como un cuento de hadas, sé que terminé la partida sin aliento para nada...”.



El niño le indicó a Martín donde estaba cenando la chica de la foto, la que había quedado con unos amigos en Cibeles. El sicario le pagó lo convenido, más otros cinco euros de propina. El chaval salió corriendo en busca de su tía, que lo esperaba calle abajo.

A la salida del restaurante, Rai y Zahra comenzaron a callejear por las estrechas calles del barrio de Chueca. Al joven pintor le inquietaba un poco recorrer la barriada gay de Madrid, del que había oído hablar, pero que imaginaba como una especie de gueto en el que una pareja hetero no podría pasear.

–Eres de lo más gracioso, Rai, en serio.

–Es que nunca antes había visto a dos tíos besándose.

–Aquí en Madrid se besa la gente por la calle con naturalidad.

–Ya, pero... No sé, no es lo mismo.

–Tu prefieres a las chicas, ¿no es eso? –Zahra acarició la mano de su amigo–. Pronto estarás con Angelita y podrás demostrar tu masculinidad. No sufras, no es contagioso.

–No es momento de hablar de ella. Hoy estoy contigo y hasta que nos despedamos me daré el gustazo de pasear por

Chueca con la madrileña más guapa de la ciudad –Zahra se detuvo en seco y acarició el rostro de su amigo.

Durante unos segundos, el cielo cómplice de Albaidalle surgió abriéndose paso entre las nubes de Madrid, susurrando una canción de amor y despedida, una promesa en el tiempo que aguardaría dormida para levantar una cometa cuando la ausencia de aire amenazara con traer desesperanza.

–Te lo dije antes, Rai. Nunca te olvidaré.

–Vuelve a besarme y calla.



“...Al menos porto un tesoro, a ella durmiendo en mi corazón, en sueños absorto la adoro, doncella dueña de mi razón, aunque la luna sea su esencia y callada alma, sé que la bruma de su presencia me dará la paz...”



La cabalgata había terminado y el rey Melchor se acercó al estrado para dirigirse a los niños. Sonia y Nico se miraron abochornados. Una cosa es ver las carrozas y otra tragarse el discurso.

–Será mejor que nos vayamos, ¿no? –propuso Sonia.

Ambos jóvenes caminaron ensimismados en sus pensamientos hasta la boca de metro de Retiro. Pasaron el billete por el torno de entrada y se despidieron quedando en llamarse al día siguiente para citarse con Zahra y cotillear sobre los regalos y Rai. Cada uno iba a un andén distinto, por lo que el foso de las

vías les separó dejándolos enfrentados. Un niño, sentado junto a Nico le preguntó a su madre si los Reyes Magos le traerían lo que había pedido. *Sí, porque has sido bueno.* Entonces el muchacho miró de nuevo a Sonia, y ella a su vez presintió que era observada por él. Nico se levantó y salió del andén, cruzó el hall y bajó en busca de su hada del Tor.

–Es que tú eras mi regalo, Sonia –se encogió de hombros.

–¿Qué voy a hacer contigo? Eres un caso perdido –abrazó a Nico y le dio un fugaz beso en los labios, casi un leve roce. El metro entraba en la estación cuando Sonia se retiró enjugando una lágrima furtiva–. Feliz noche de la ilusión, brujito.

–No te vayas, por favor. ¡Espera!

Y así quedó Nico, con la huella de su regalo todavía presente en su boca, mientras las luces del último tren se iban apagando en las fauces del túnel.



“...Gato salvaje, de felino sólo tienes apodo, niñato sin coraje, te defino Cuasimodo, derrotado en la basura, no me dará pena, verte llorando con la amargura de una nena...”



La carcajada de Martín resonó en la oscuridad. Rai apartó bruscamente a Zahra y se volvió hacia él. Aquella era la última persona que esperaba encontrarse allí.

–Enternecedor. Esto sí que no me lo esperaba. Dos presas al precio de una.

–Hijo de puta. ¿Qué estás haciendo aquí? –Rai avanzó envalentonado hacia él, recibiendo un fuerte puñetazo en el estómago. Cuando el chico se arrodilló, doblado por el dolor, Martín le obsequió con una patada en la cara.

–Cuenta saldada, nene. Te dejo los huevos intactos, que veo que los vas a usar. Cortesía de la casa.

–¡Socorro! –gritó Zahra buscando algún transeúnte por la calle. Martín la agarró por el cuello.

–Escúchame una vez y no me hagas que te lo repita. Primero vas a cerrar la boca, por el bien de tu chico. Segundo –buscó en el cuello de la chica el colgante del Chalice Well–, me quedo con este recuerdo de nuestro encuentro. Como le decía al periquito, por mí ya quedamos en paz. Aunque aún tengo una cuenta con tu gato –señaló una herida reciente en la cara–, pero será en otra ocasión –tiró con fuerza de la cadena y el amuleto de Moon Brothers quedó en su mano–. Un placer volvernos a ver. ¡Felices fiestas, muñecos!

Mientras Martín desaparecía entre las tinieblas, Zahra se agachaba para acariciar el rostro dormido de Rai.



“...Y así termino. Lo lamento, hoy me confortó ceder; y sí, soy felino, te lo advierto, no me importa perder; sé que la derrota me acercará a la victoria, porque, toma nota, así acabará la historia, allí donde reina la madre naturaleza, allí donde la arena esconde su belleza”.

Epílogo

El ferry a Ibiza partió con puntualidad. Martín dormitaba en su asiento tras conducir de noche hasta Valencia, recordando paso tras paso su magistral trabajo aquellos días en la capital. Llevaba en la maleta dos regalos para Menéndez como pasaporte para retornar por la puerta grande. Los Reyes Magos habían sido de lo más generoso, al menos una vez en su vida. No tenía un buen recuerdo de su infancia.

La herida de la bestezuela del restaurante le estaba escociendo de lo lindo. Aunque se la había curado con algo de whisky temía que aquel bicho asqueroso le hubiera contagiado algo. Según el sol iba dorando el cielo, el escozor se transformó en quemazón, por lo que fue al servicio para echar un vistazo. Sus ojos enrojecidos por la falta de sueño y el alcohol, con el que celebró en soledad su venganza, contemplaron en el espejo la inflamación de su cara. De manera inexplicable, las marcas paralelas del zarpazo se habían recolocado sobre la piel, provocando aquella tirantez y marcando una cicatriz con forma de Vesica Piscis. No, no era posible. Abrió su maleta, sacó el colgante de la niña y, colocándolo junto a su mejilla, comprobó

que su impresión inicial era cierta. Aquella cicatriz le recordaría para siempre la noche de la ilusión.



David abrió torpemente los paquetes, sin percatarse de los rostros preocupados de Marta y Zahra. Era el mejor día del año y había que hacer un esfuerzo por transmitirle al niño tranquilidad. Tras colocar en el sofá los regalos, Zahra trajo el roscón y el chocolate, para celebrar una nueva llegada de sus majestades. Cuando los tres estaban sentados a la mesa, sonó el timbre de la puerta. Era Tarek.

–Buenos días, Tarek –dijo Marta apreciando de veras la visita de su compañero de secuestro en el Hatshepsut.

–¡Hola familia! Los Reyes han pasado por mi casa.

–¡Bien! –dijo emocionado David.

–Marta, me he permitido pedirle esto –un enorme cilindro llegó a las manos de la madre de Zahra–. Es una manta egipcia, hecha a mano, que formará parte de su maravilloso negocio.

–Pero, Tarek, es una maravilla, no puedo...

–Los Reyes proceden de Oriente y allí están los mayores tesoros para las buenas personas–se volvió al niño–. David, esta pequeña vasija de esencias también debe venir de allí y tiene aspecto de ser muy, muy antigua.

–¡Genial! Así puedo empezar mi colección de antigüedades, como la del abuelo.

–Sabía que le agradaría, por eso se lo escribí a los Reyes –se sentó junto a Zahra–. Señorita, en uno de mis zapatos, los Reyes dejaron este marco de fotos para usted.

Tras desenvolver el papel, primorosamente doblado por algún paje paciente, apareció un portarretratos de madera con una foto muy antigua, protegida por un sucio cristal. Era la viejecita de Glastonbury, aquella que se le apareció en su meditación, y que fue la dueña del colgante que le había quitado el hombre de Albaidalle. Su mano derecha parecía apoyarse en el corazón, pero lo que realmente sostenía era aquel amuleto que fue forjado en la tierra de Avalon. Zahra se levantó y abrazó con todo su sentimiento al hombre responsable de que su alma se sintiera reconfortada aquella mañana gris.

–Zahra, hija... –dijo Marta feliz de verla sonreír de nuevo–. Hay todavía dos envoltorios con sello de África.

–¿Dónde, mamá? –exclamó el niño exultante.

–Están colgados en el árbol.

Ambos saltaron hacia allí. David encontró un sobrecito que decía: “Tu regalo africano está debajo de la cama de mamá”. Allí le esperaba un arco de verdad con flechas romas. El sobre de Zahra contenía una carta:

Mi pequeña Zahra. No, ya no tan pequeña. Perdona. No hay mucho por aquí que pueda gustarte, ya que la moda africana quizás no sea bien vista por las calles de Madrid. Es broma.

He hablado con mamá y me ha contado lo de tus notas. Yo sé que vas a mejorar y que acabarás la secundaria tan bien como lo hiciste con la anterior etapa. Confío en ti, grumetillo. Sé que ella te ha prometido dejarte ir al viaje de fin de estudios a Roma si tus notas van progresando. Te va a encantar, ya verás. Yo por mi parte quiero darte algo parecido... El negocio de los globos va viento en popa, nunca mejor dicho, así que te ofrezco un nuevo incentivo, que hoy por hoy me puedo permitir: un viaje este verano a Tanzania con tus amigos –deberás elegir a dos, aunque supongo que una plaza será para el eterno Nico–, si tu media llega al menos a notable, claro. Ambos nos jugamos mucho, porque verte es lo que más deseo en este mundo. Así que hinca bien los codos y prepárate para pasar mucho calor en uno de los lugares más bellos del mundo

Espero que este día tan mágico te haya colmado de presentes.

Tu capitán Haddock, que te quiere y te añora.



Mientras Zahra leía la carta de su padre, Rai viajaba rumbo al norte con la cara hinchada y el corazón encendido, Nico se debatía entre su fidelidad al mago Merlín y a los de Oriente, y Sonia meditaba si lo del metro había sido una nueva aparición fantasmal que debía olvidar.



Aquella noche Zahra se refugió en su dormitorio junto a sus regalos, con Avalon en su regazo, observando el cuello desnudo

en el espejo de su tocador. Acarició el colgante ausente y una punzada de miedo e ira le recorrió todo el cuerpo evocando a Martín. Recordó entonces las palabras que le dirigió el mago de Lavapiés: *“Tienes una cita con tus ancestros en el lugar que fue dictado por las hojas del bosque. El alma que cuida de ti te aguarda allí, protegida entre las montañas...”*. En su rincón de los recuerdos colocó la foto de su bisabuela, iluminándola con una de las velas sagradas que trajo de Glastonbury en verano. La llama temblorosa parecía otorgar vida al rostro blanquecino de la anciana. Zahra besó el marco y susurró unas palabras para que el fuego encendido las llevara hasta el corazón lejano del Chalice Well: –Te prometo que recuperaré nuestro amuleto. Aunque tenga que ir al fin del mundo a buscarlo.

Los ojos de Avalon se encendieron satisfechos al imaginar el reencuentro de sus garras con su presa Martín.

Para entonces ya sería un magnífico y temible felino.



Nota del autor



Conocí la tierra de Tarek y Amir durante la preparación del boceto de lo que sería “El mapa de Maslama”, por lo que la estructura de esta historia

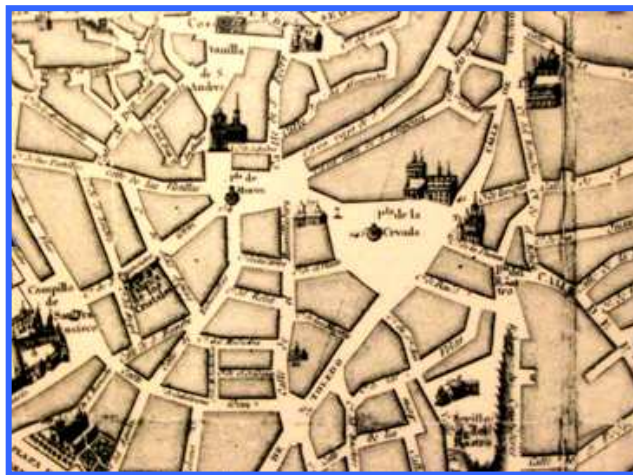
fue escrita durante dos atardeceres en la cubierta de un barco que surcaba el Nilo en diciembre de 2009, unos días antes de la “noche de la ilusión”, cuando transcurre el desenlace de la trama. Durante mis procesos de creación procuro encontrar lugares cercanos a la naturaleza, pero debo decir que, hasta ahora, ninguno de ellos ha sido tan fértil como Egipto durante mis jornadas de crucero por el Nilo. Este país es un escenario de luces y sombras, en el que la belleza convive con la pobreza, y la antigüedad con los excesos del siglo XXI. Ahora, mientras reviso el borrador del libro, el pueblo egipcio se encuentra en la calle pidiendo reformas. Quizás por ese motivo el final de “El mapa de Maslama” tiene un tono más agridulce que los otros.

Abu al-Qasim Maslama está considerado como uno de los matemáticos árabes más prestigiosos del siglo X. Aunque nacido en Madrid, la mayor parte de su obra la realizó en el

califato de Córdoba donde fue célebre como maestro de alquimia y astrónomo. El encantamiento de Nico está basado en su libro Picatrix, un compendio de oraciones a los planetas para realizar amuletos. Otro de los logros más relevantes de su vida fue traducir el planisferio de Ptolomeo. Por eso la plegaria a la luna está escrita sobre el esbozo de un mapa.



El Hatshepsut lo he imaginado en lo que fuera la zona árabe de Madrid, un enclave elevado colindante con el barrio de los Austrias y cercano al curso del río Manzanares. Todavía hoy los nombres de sus calles recuerdan ese origen. Hay constancia de la existencia de subterráneos y pasadizos que comunicaban unas casas con otras, así como aljibes, pozos y patios. Durante la documentación para este libro me fue de gran utilidad visitar el Museo Municipal de Madrid, al cual también acudió Nico en su investigación.



Se conoce como batallas o peleas de gallos a una competición de improvisación entre dos raperos cuyo objetivo es superar a su contrario mediante frases con rimas que se cantan sobre una base rítmica. He situado el Corral de San Isidro en uno de los parques de la Cuña Verde de Madrid, donde se puede contemplar una zona decorada con graffitis murales de gran vistosidad.



El rap del puchero, que interpreta Amir en la cocina, está escrito para este libro por uno de mis alumnos de secundaria, Víctor Sánchez Fraile. También he contado con la aportación de otra de mis alumnas, Sonia Alastrué de Asenjo, gran aficionada a la escritura, que preparó las palabras que dice la esencia de la mujer enamorada de Maslama cuando Sonia se desvanece en Sol. ¡Gracias a los dos! El resto de los raps han sido compuestos por mí, procurando seguir algunas de las rimas y musicalidad usadas en el género, asumiendo mi inexperiencia y torpeza a cambio de mi curiosidad por aprender.

Debo agradecer también a la Casa Árabe de Madrid su gentileza por mandarme y explicarme el sistema de numeración de la escritura árabe, para traducir los dos números amigos, el 220 y 284.

La escena de Sonia en la estación de metro de Madrid surgió de una de las muchas historias de misterio ligadas al suburbano de la capital. Se cuenta que en 1920, durante la

construcción del andén de Tirso de Molina, aparecieron restos humanos procedentes de una antigua ermita situada en el lugar y que algunos vecinos escucharon tras las obras lamentos y gritos.

La estación a la que llega Sonia, en plena Guerra Civil, está inspirada en la de Chamberí, conocida como



la “estación fantasma”, que hoy se conserva como museo.

Realicé la visita al Cementerio de San Justo una bochornosa mañana de agosto. La soledad inundaba el lugar, y la suntuosidad de algunas de las tumbas contrastaba con el abandono y deterioro de otras. Había más gatos que personas, y



el viento que hacía aquel día inundaba de ruidos lejanos cada uno de los patios.

Comprendo que alguien con la capacidad de percepción de Sonia intuyera que no era un sitio para ella, sino para espectros del pasado como Martín.

Las aventuras de Zahra continúan en...





Nico_merlin@hotmail.es



Sonia_super94@hotmail.es



Zahra_avalon@hotmail.es



Otras publicaciones

El prisionero entre lágrimas de cera: Un agente francés, François Lenoir, antiguo combatiente republicano en la Guerra Civil Española, retirado, gravemente enfermo y dedicado a labores de escritor, recibe un último encargo de su unidad. La lealtad hacia el soldado que le salvó la vida, y que vivió a su servicio hasta su muerte, le animará a realizar la misión junto a Miguel, el nieto de este. Al joven, el viaje a la tierra de su abuelo, le servirá para entregar una carta reveladora sobre una desaparición ocurrida en los comienzos del conflicto bélico, y para descubrir el despertar de un país que había estado aletargado durante casi cuarenta años. La difícil situación política española en el año 1977, avivará los recuerdos de Lenoir y abrirá una ventana a Miguel que le mostrará el corazón del abuelo desaparecido.

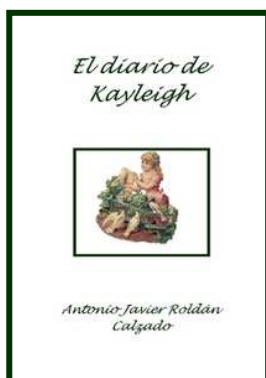


Descarga gratuita: <http://www.antoniojroldan.es/prisionero>

Una nariz en mi oreja: Érase una vez un niño que vivía en el Barrio Salamanca, una de las zonas con más clase de Madrid, junto a un parque tan bonito que había pertenecido a reyes. En su idílico mundo también estaba David, el más incondicional de sus colegas, la imagen que en el espejo hubiera deseado ver nuestro niño cada mañana si hubiera dispuesto de un genio con lámpara maravillosa Y, por supuesto, estaba Alicia, aquella niña rubia de ojos como el mar, que perseguía ilusionado y encelado por el mercado, el bulevar o el Retiro, y que un día le metió la nariz en la oreja mientras sus labios acariciaban fugazmente su colorada mejilla, provocando en su organismo una reacción química descomunal que se transfiguró en su primer amor. Los años le convirtieron en un adolescente perpetuo, situación puente entre la ilusión y la conformidad. Y entonces, en el año 2001, regresó David para recordarle unas promesas pendientes que ambos escribieron en un papel y que llevaría al amigo a los confines del Sistema Solar.



Descarga gratuita: <http://www.antoniojroldan.es/oreja>



El diario de Kayleigh: Fue en septiembre del 2003 cuando ellos se cruzaron en mi camino. Aquella tutoría necesitaba a alguien con ganas de echarles una mano y yo buscaba nuevos motivos para recargar mis energías en aquellos días extraños. Con su ayuda e ideas, escribí una historia de una adolescente como ellos, para trabajar en la tutoría del curso siguiente, llamado "El diario de Kayleigh". Con sus aportaciones el argumento fue creciendo y mejorando. Por eso, gran parte de los diálogos y

sentimientos que aparecen no son míos. Yo sólo he sido el ratero emocional de un grupo de adolescentes. "El Diario de Kayleigh" está repleto de diálogos, con pequeñas pausas para tener las reflexiones justas para seguir adelante. No es una obra literaria, es un espejo novelado de las inquietudes que nacen en la edad del pavo, aunque Kayleigh no entienda la relación que existe entre un ave de la familia de las phasianidae y ella.

Descarga gratuita: <http://www.antoniojroldan.es/diario.htm>



Corazones de tiza en las paredes del patio: En el año 1985 llegó a mis manos un disco de Marillion, "Misplaced Childhood", que me recordaba que la infancia iba quedando atrás, pero a la vez me anunciaba que esa etapa tan feliz de mi vida nunca se perdería y que estaría para siempre presente en mi madurez. Veinte años más tarde me encuentro ejerciendo la docencia con jóvenes que, en muchos casos, demandan brújulas a las personas que les rodean de su familia o entorno escolar. Mi pasión por la enseñanza me animó en el

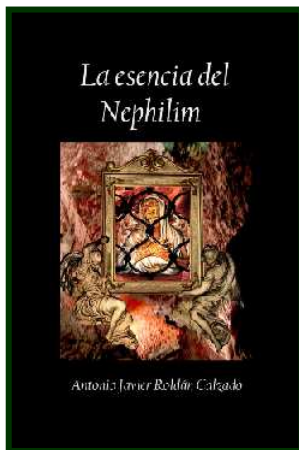
2003 a confeccionar una web de apoyo para mis asignaturas y a principios del 2007 añadí un blog sobre educación y sociedad. Cuando decidí el estilo del blog, recordé el disco de Marillion, concretamente la canción llamada "Kayleigh", un tema de amor que transporta en el tiempo a dos niños al patio donde se enamoraron. Mi blog se convirtió en un evocador viaje hacia atrás, para recargar fuerzas y seguir adelante desde la ilusión de un niño que pintaba "Corazones en las paredes del patio".

Descarga gratuita: <http://www.antoniojroldan.es/corazones>



La máscara del Bufón: Cuando hace un año terminé, y publiqué, la transcripción de mi anterior blog “Corazones de tiza en las paredes del patio”, dedicado a la educación en el contexto de los cambios sociales de este principio de siglo, sentí la necesidad de profundizar más en los dos temas por separado. Según escribía “Corazones...”, algunos lectores me animaban a continuar con los artículos relativos a educación, pero también surgió en mí la necesidad de enfrentarme a un bufón de máscara dorada que estaba acechando en los artículos que describían los males de nuestro mundo. Este fue el motivo por el que decidí centrar mi segundo blog en ese bufón, por si pudiera desenmascararle poco a poco con la ayuda de mi cámara de fotos y un poco de música. Tras diez meses de confrontación, en las que él siempre ha prevalecido con su atractiva risa y su dorada indumentaria, creo que por lo menos he merecido el derecho a quedarme con un precioso trofeo: Su máscara.

Descarga gratuita: <http://www.antoniojroldan.es/Mascara>



La esencia del Nephilim: Y en el valle un suave murmullo anuncia que el aire puede volver a silbar. Un mar invisible se remueve inquieto desde los confines del tiempo, la tierra hierve, escapando entre las rocas como una erupción y la mano quemada de Daoud surge del suelo aferrando con sus dedos cada partícula de vida en suspensión. Está vivo. Vuelve a nacer de las entrañas del desierto. Se levanta y sacude la arena que le cubría. Por fin el prisionero abandona sus cadenas para volver a amar. El cuerpo entumecido de Daoud reanuda el camino mientras su alma viaja ya hacia el paraíso lejos de allí.

Su búsqueda ha comenzado.

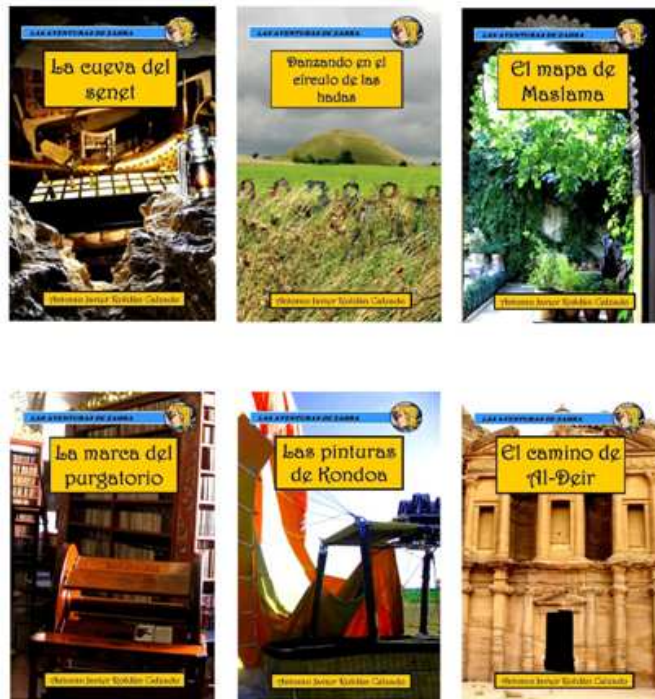
Descarga gratuita: <http://www.antoniojroldan.es/Esencia>



La Pavoteca. Explorando tu mundo: “La Pavoteca” trata sobre la adolescencia desde el punto de vista de sus protagonistas, jóvenes, familias y docentes. Como subtítulo del libro he escogido la frase “Explorando tu mundo”, porque su lectura ayuda a los adultos a explorar el fascinante mundo de “los pavitos”, un lugar maravilloso de contradicciones y conraindicaciones, pero repleto de vida y esperanza. Pero el subtítulo también tiene otro sentido, el de la exploración que el adolescente hace de la realidad adulta, forjando su propia personalidad dentro de los límites que le marcamos, en una apasionante búsqueda de uno mismo en el espejo que se ha construido a lo largo de su vida.

Descarga gratuita: <http://www.antoniojroldan.es/Pavoteca>

Las aventuras de Zahra:



Descarga gratuita: <http://www.antoniojroldan.es/Zahra>